

Índice

Vida espiritual

- 194 Carta del 15 de agosto de 2020
Sor Françoise Petit, Superiora general
- 197 Yo renuevo las promesas de mi bautismo
Padre Bernard Schoepfer, Director general

Sesión de Hermanas de 25-40 años de vocación

- 208 Las llamadas urgentes a las Hijas de la Caridad hoy
Padre Tomaz Mavric, Superior general
- 217 La comprensión y la vivencia de los votos hoy
Los votos y el seguimiento de Cristo
Padre Patrick Griffin, cm
- 229 La comprensión y la vivencia de los votos hoy
El cuarto voto como una brújula
Padre Patrick Griffin, cm
- 239 La comprensión y la vivencia de los votos hoy
Los tres votos: seguir en respuesta
Padre Patrick Griffin, cm

Actualidades de las Provincias

- Testimonio de las Hermanas
- 253 Provincia de África Central - Burundi
Los proyectos de Dios no son los nuestros
Sor Christine Ndayisenga, Hija de la Caridad
Comunidad de Kiguhu

SOR F.PETIT, SUPERIORA GENERAL

Carta del 15 de agosto de 2020

Queridas Hermanas,

«Hijas mías, pongámonos bajo su dirección (la de María), prometamos entregarnos a su divino Hijo y a ella misma sin reserva alguna, a fin de que sea ella la guía de la Compañía en general y de cada una en particular» (San Vicente, 8 de diciembre de 1658, Sígueme IX/2, 1148).

Al celebrar a María elevada en gloria al cielo, a María coronada de estrellas, la liturgia nos ofrece un relato en el que María aparece sencillamente; se toma su tiempo y da prueba de una presencia verdadera y atenta.

Ella franqueó su puerta, se atrevió a dejar lugares conocidos. Ella partió, se arriesgó a tomar la ruta e incluso a emprender caminos difíciles. Ella se puso en camino para encontrarse con su prima y permanecer el tiempo necesario a su lado. ¿Cómo no ver en la actitud de María el proceso que toda la Compañía, y cada una en particular, desea vivir? ¡Ephata para encontrarse!

Podemos decir que el 15 de agosto es un día del encuentro. María sube al cielo para encontrarse con su Salvador: *«Engrandece mi alma al Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador»* (Lc 1, 46-47). María, sencilla y modestamente, se encuentra con Isabel y se pone en disposición de escucha y de servicio. *«María se quedó con Isabel unos tres meses, y después volvió a su casa»* (Lc 1, 56).

Nuestros encuentros pueden parecerse a estos cuando seguimos el ejemplo de María cuyo corazón está tan abierto a Dios y tan abierto a los otros. En efecto, la gloria de María viene de su humildad en el servicio, de su escucha amorosa, de su presencia gratuita, de su

disponibilidad que no se impone. Ella es el modelo de la justa relación, la que deja todo el espacio al otro. Ella va a prestar servicio y luego vuelve.

No sorprende que desde siempre María sea rezada y amada, en todas partes, y en especial por los pobres de corazón, que sienten profundamente cómo son escuchados y respetados cuando se dirigen a ella.

Un día, en una cárcel de mujeres, durante la Eucaristía, las presas cantaban a pleno pulmón:

María, escucha nuestras oraciones, todos nuestros gritos y nuestra acción de gracias.

Por nuestros padres y por nuestras madres, que hacen crecer la vida.

Por los que han perdido todo y los que viven en la calle.

Por los hombres de todos los países, te saludo María.

María, corazón de pobre, yo avanzo hacia ti,

Te ofrezco mi oración, es mi riqueza.

María, corazón de pobre, tu pueblo está contigo.

Escucha mi oración, que crezca mi fe.

Y si busco tu sonrisa, en lo mejor y en lo peor.

Yo te amo por Jesucristo: ¡Dios te salve, María!

Cierren los ojos, imaginen, escúchenlas... ¡qué fuerza, qué confianza, qué fe! «*Yo te amo por Jesucristo: ¡Dios te salve, María!*»

Todas ustedes tienen la experiencia de orar a María con sus hermanos y hermanas, sus amigos más frágiles, los más aislados, los más pobres. Ellos tienen la capacidad de hacer a María cercana, humana, ella que está tan cerca de Dios. Compartamos en comunidad estos momentos de encuentros y de oración con quienes nos enseñan a confiar aún más en María.

Hoy, como estas mujeres privadas de libertad, miramos a María que sube al cielo, pero también a María que corre a través de las montañas para reunirse con su prima Isabel en un encuentro libre, lleno de amor y que nos abre a la vida y a la esperanza.

Esta esperanza que se nos ofrece nos permite mantenernos firmes cuando, desde hace varios meses, el mundo está perturbado. He percibido sus signos a través de los numerosos mensajes y cartas que me han dirigido en este último tiempo. Con toda sinceridad quiero darles las gracias de corazón y particularmente por su apoyo a través de la oración. Sepan que yo también pido por ustedes cada día ya que, a veces, están viviendo situaciones difíciles, ya sea personal, comunitariamente y sobre todo por la pobreza que les rodea. Sus correos expresan todo esto con mucha sencillez y me permiten sentir que ustedes están cerca y en comunión las unas con las otras. En efecto, tienen inquietud por lo que se vive en el mundo, en las diferentes Provincias. Se rebelan ante las injusticias y las faltas de humanidad hacia las personas mayores o discapacitadas, los migrantes, los niños abandonados... Ya sea a escala

nacional o en lugares de vida concretos, ustedes luchan, acompañan, están presentes con corazón y discreción muy a menudo. Son tantas razones para orar, para implorar, pero también para dar gracias.

También quiero compartir otro signo de esperanza para toda la Compañía, es el envío en misión Ad Gentes, el 11 de julio de 2020, de Sor Katarzyna JABS, de la Provincia de Chelmo-Poznan a la Provincia del Congo y de Sor Diala KASSABLY, de la Provincia de Oriente Próximo a la Provincia de España-Sur, misión de Mauritania, donde se reunirá con Sor Maria Kim Thoa LE THI KIM THOA, de la Provincia de Vietnam, que fue enviada en misión el 11 de septiembre de 2019.

Aprovecho esta carta para comunicarles las últimas noticias del Líbano. La situación sigue siendo caótica con destrozos enormes tanto a nivel de la ciudad como de nuestras Comunidades. Los jóvenes del país, entre ellos los de JMV, limpian las calles, las casas. Varias Comunidades de Hijas de la Caridad acogen a familias que lo han perdido todo. Las Hermanas saben que pueden contar con la oración de ustedes y les dan las gracias.

Que María nos acompañe por los caminos del mundo, al lado de nuestros hermanos y hermanas que sufren especialmente las consecuencias de las catástrofes y de la pandemia. Cada una de nosotras puede aportar su parte, por pequeña que sea. Ya sea por la acción o la oración, por la palabra o el silencio, por la proximidad física o más allá de las fronteras, cada encuentro con el otro que sufre puede ser un signo de humanidad. Seamos de aquellos que encuentran los buenos gestos y las buenas actitudes. Pidamos a María que nos ayude: *«Santísima Virgen, tú declaraste en tu cántico que se debió precisamente a tu humildad el que Dios hiciera en ti cosas grandes; alcánzanos para esta Compañía la gracia de imitarte»* (San Vicente, 2 de diciembre de 1657, Sígueme IX/2, 965).

¡Feliz fiesta de la Asunción de María, feliz fiesta del encuentro!

Sor Françoise PETIT

Hija de la Caridad

Yo renuevo las promesas de mi bautismo

Señor, en respuesta a tu llamada que me invita a seguir a Cristo
y a ser testigo de su Caridad hacia los pobres,
yo renuevo las promesas de mi bautismo
y me doy a Ti en la Compañía de las Hijas de la Caridad¹.

I- MEDITACIÓN SOBRE EL BAUTISMO CON EL PAPA FRANCISCO

En 2018, durante el tiempo pascual, el Papa Francisco, en varias audiencias del miércoles, propuso una reflexión sobre el sacramento del bautismo. En esta primera parte de nuestra conferencia, retomemos extractos de estas catequesis.

1. El bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana²

Somos cristianos en la medida en la que dejamos vivir a Jesús en nosotros. ¿De dónde partir entonces para reavivar esta conciencia si no desde el principio, desde el sacramento que encendió en nosotros la vida cristiana? Eso es el bautismo. La Pascua de Cristo, con su carga de novedad, nos alcanza a través del bautismo para transformarnos a su imagen.

El bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana y el primero de los sacramentos, en cuanto a que es la puerta que permite a Cristo Señor establecerse en nuestra persona y a nosotros sumergirnos en su Misterio. El verbo griego «bautizar» significa «sumergir». Tertuliano³ decía: «a nosotros cristianos no se nos debe escapar que, si es el cuerpo lo que se

sumerge en el agua, es el alma lo que se sumerge en Cristo para recibir el perdón del pecado y resplandecer de luz divina».

En virtud del Espíritu Santo, el bautismo nos sumerge en la muerte y resurrección del Señor, ahogando en la fuente bautismal al hombre viejo, dominado por el pecado que separa de Dios y haciendo nacer al hombre nuevo, recreado en Jesús. En Él, todos los hijos de Adán están llamados a una vida nueva. El bautismo, es decir, es un renacimiento.

Todos debemos saber la fecha de nuestro bautismo. Es otro cumpleaños: el cumpleaños del renacer. El bautismo es por eso un signo eficaz de renacer, para caminar en novedad de vida. Sumergiéndonos en Cristo, el bautismo nos convierte también en miembros de su Cuerpo, que es la Iglesia y partícipes de su misión en el mundo.

Nosotros, los bautizados, no estamos aislados: somos miembros del Cuerpo de Cristo. La vitalidad que brota de la fuente bautismal está ilustrada por estas palabras de Jesús: *«Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto»* (cf. Juan 15, 5).

El bautismo permite a Cristo vivir en nosotros y a nosotros vivir unidos a Él, para colaborar, cada uno según la propia condición, en la Iglesia, en la transformación del mundo. Recibido una sola vez, el agua bautismal ilumina toda nuestra vida, guiando nuestros pasos hasta la Jerusalén del Cielo. Hay un antes y un después del bautismo.

Nadie merece el bautismo, que es siempre un don para todos, adultos y recién nacidos. Pero como sucede con una semilla llena de vida, este don emana y da fruto en un terreno alimentado por la fe. Las promesas bautismales que cada año renovamos en la Vigilia Pascual deben ser reiniciadas cada día para que el bautismo *«cristifique»*.

Quien ha recibido el bautismo es *«cristificado»*. Se asemeja a Cristo, se transforma en Cristo y lo convierte verdaderamente en otro Cristo.

2. La celebración del bautismo⁴

El significado del bautismo ciertamente emana de su celebración, por eso dirigimos a ella nuestra atención. Considerando los gestos y las palabras de la liturgia podemos acoger la gracia y el compromiso de este sacramento, que está siempre por redescubrir. Hacemos memoria en la aspersion con el agua bendita que se puede hacer el domingo al inicio de la misa, como también en la renovación de las promesas bautismales durante la Vigilia Pascual.

De hecho, lo que sucede en la celebración del bautismo suscita una dinámica espiritual que recorre toda la vida de los bautizados; es el inicio de un proceso que permite vivir unidos a

Cristo en la Iglesia. Por lo tanto, regresar a la fuente de la vida cristiana nos lleva a comprender mejor el don recibido en el día de nuestro bautismo y a renovar el compromiso de responder en las condiciones en las que hoy nos encontramos. Renovar el compromiso, comprender mejor este don que es el bautismo y recordar el día de nuestro bautismo.

En el rito de acogida se pregunta el nombre del candidato, porque el nombre indica la identidad de una persona. Cuando nos presentamos decimos inmediatamente nuestro nombre: «Yo me llamo así», para salir del anonimato. El anónimo es aquel que no tiene nombre. Para salir del anonimato inmediatamente decimos nuestro nombre. Sin nombre se permanece como desconocidos, sin derechos ni deberes. Dios llama a cada uno por su nombre, amándonos individualmente, en la concreción de nuestra historia.

El bautismo despierta la vocación personal para vivir como cristianos, que se desarrollará durante toda la vida. E implica una respuesta personal y no prestada con un «copia y pega». La vida cristiana, de hecho, está entrelazada por una serie de llamadas y de respuestas: Dios continúa pronunciando nuestro nombre en el transcurso de los años, haciendo resonar de mil maneras su llamada a estar en conformidad con su Hijo Jesús.

Ser cristianos es un don que nace de lo alto (*Juan 3, 3-8*). La fe no se puede comprar, pero sí pedir y recibir como regalo. «*Señor, regálame el don de la fe*» es una hermosa oración. «*Que yo tenga fe*» es una hermosa oración. Pedirla como regalo, pero no se puede comprar, se pide. De hecho, el bautismo es el sacramento de esa fe con la que los hombres, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, responden al Evangelio de Cristo.

La señal de la cruz, al comienzo de la celebración, señala la impronta de Cristo sobre el que le va a pertenecer y significa la gracia de la redención que Cristo nos ha adquirido por su cruz. La cruz es el distintivo que manifiesta quiénes somos: nuestro hablar, pensar, mirar, obrar, está bajo el signo de la cruz, es decir, bajo la señal del amor de Jesús hasta el fin.

Se es cristiano en la medida en la que la cruz se imprime en nosotros como una marca pascual. Hacer la señal de la cruz cuando nos despertamos, antes de las comidas, ante un peligro, en defensa contra el mal, por la noche antes de dormir, significa decirnos a nosotros mismos y a los demás a quién pertenecemos, quién queremos ser.

3. Los ritos centrales⁵

Consideramos en primer lugar el agua, sobre la que se invoca el poder del Espíritu para que tenga la fuerza de regenerar y renovar. El agua es matriz de vida y de bienestar, mientras que su falta provoca la extinción de toda fecundidad, como sucede en el desierto; pero el agua puede ser también causa de muerte, cuando sumerge todo entre sus olas o cuando en grandes cantidades arrasa con todo; finalmente, el agua tiene la capacidad de lavar, limpiar y purificar.

La oración de bendición dice que Dios ha preparado el agua «para ser signo del bautismo» y recuerda las principales prefiguraciones bíblicas: el Espíritu aleteaba sobre las aguas de los orígenes para convertirlas en semillas de vida; el agua del diluvio marcó el final del pecado y el inicio de la vida nueva; a través del agua del Mar Rojo los hijos de Abraham fueron liberados de la esclavitud de Egipto. En relación con Jesús, se recuerda el bautismo en el Jordán, la sangre y el agua derramados de su costado y el mandato a los discípulos de bautizar a todos los pueblos en el nombre de la Trinidad.

Así, esta agua viene transformada en agua que lleva en sí la fuerza del Espíritu Santo. Y con esta agua, contando con la fuerza del Espíritu Santo, bautizamos a las personas, bautizamos a los adultos, a los niños, a todos.

Santificada el agua de la pila, es necesario disponer el corazón para acceder al bautismo. Esto sucede con la renuncia a Satanás y la profesión de fe, dos actos estrechamente conectados entre sí. En la medida en la que digo «no» a las sugerencias del diablo —aquel que divide— soy capaz de decir «sí» a Dios que me llama a configurarme con Él en los pensamientos y en las obras.

El diablo divide; Dios une siempre la comunidad, la gente en un solo pueblo. No es posible adherirse a Cristo poniendo condiciones. Es necesario despegarse de ciertas relaciones para poder abrazar realmente otras; o estás bien con Dios o estás bien con el diablo. Por eso la renuncia y el acto de fe van juntos. Es necesario cortar los puentes, dejarlos atrás, para emprender el nuevo Camino que es Cristo.

4. La santa inmersión acompañada por la invocación de la Santísima Trinidad⁶

Si nuestros padres nos han engendrado para la vida terrena, la Iglesia nos ha reengendrado a la vida eterna del bautismo. Nos hemos convertido en hijos en su Hijo Jesús. También sobre cada uno de nosotros, renacidos del agua y del Espíritu Santo, el Padre celeste hace resonar con infinito amor su voz que dice: *«Tú eres mi hijo amado»*.

Esta voz paterna, imperceptible al oído, pero bien audible para quien cree, nos acompaña durante toda la vida, sin abandonarnos nunca. A lo largo de toda la vida el Padre nos dice: *«Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada»*.

Una vez renacidos como hijos de Dios, lo somos para siempre. El bautismo, de hecho, no se repite, porque imprime un sello espiritual indeleble: *«Este sello no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación»* (CIC, 1272). El sello del bautismo no se pierde nunca.

A continuación, el sacerdote unge con el sagrado crisma la cabeza de cada bautizado, después de haber pronunciado estas palabras que explican el significado: *«Dios mismo os*

consagra con el crisma de salvación, para que insertos en Cristo, sacerdote, rey y profeta, seáis siempre miembros de su cuerpo para la vida eterna».

De hecho, animado por el único Espíritu, todo el Pueblo de Dios participa en las funciones de Jesucristo, «**Sacerdote, Rey y Profeta**» y asume las responsabilidades de misión y servicio que se derivan. ¿Qué significa participar del sacerdocio real y profético de Cristo? Significa hacer de sí una ofrenda grata a Dios dando testimonio por medio de una vida de fe y de caridad, poniéndola al servicio de los demás, según el ejemplo del Señor Jesús.

5. Los efectos espirituales del bautismo ⁷

Los efectos espirituales de este sacramento, invisibles a los ojos, pero operativos en el corazón de quien se ha convertido en una nueva criatura, se hacen explícitos mediante la entrega de la vestidura blanca y de la vela encendida. Después del baño de regeneración, capaz de recrear al hombre según Dios en la verdadera santidad, desde los primeros siglos es normal revestir a los neófitos con una vestimenta nueva, cándida, similar al esplendor de la vida conseguida en Cristo y en el Espíritu Santo. La vestimenta blanca, al tiempo que expresa simbólicamente lo que ha sucedido en el sacramento, anuncia la condición de los transfigurados en la gloria divina.

San Pablo recuerda lo que significa revestirse de Cristo explicando cuáles son las virtudes que los bautizados deben cultivar: «**Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos, mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó. Y por encima de todo esto, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección**» (Colosenses 3, 12-14).

La entrega ritual de la vela encendida en el cirio pascual, también recuerda el efecto del bautismo: «**Recibe la luz de Cristo**», dice el sacerdote. Estas palabras recuerdan que no somos nosotros la luz, sino que la luz es Jesucristo (*Juan* 1, 9; 12, 46), el cual, resucitado de entre los muertos, venció a las tinieblas del mal. Nosotros estamos llamados a recibir su esplendor. Como la llama del cirio pascual da luz a cada vela, así la caridad del Señor Resucitado inflama los corazones de los bautizados, colmándolos de luz y calor. Y por eso, desde los primeros siglos, el bautismo se llamaba también «**iluminación**» y a quien era bautizado se le llamaba «**el iluminado**».

De hecho, esta es la vocación cristiana: «**Caminar siempre como hijos de la luz, perseverando en la fe**». La presencia viva de Cristo, que es necesario preservar, defender y difundir en nosotros, es una lámpara que ilumina nuestros pasos, una luz que orienta nuestras opciones, una llama que calienta nuestros corazones al salir al encuentro del Señor, haciéndonos capaces de ayudar a quienes nos acompañan en el camino, hasta la comunión inseparable con Él.

La celebración del bautismo se concluye con la oración del Padre Nuestro, propia de la comunidad de los hijos de Dios. Al finalizar estas catequesis sobre el bautismo, repito a cada uno de vosotros la invitación que expresé así en la exhortación apostólica [Gaudete et exsultate](#): «**Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque**

tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida»⁸.

II- NUESTROS FUNDADORES SOBRE EL TEMA DEL BAUTISMO⁹

San Vicente sabe dar cuenta de lo que el bautismo significa y produce en el cristiano bien preparado; como santa Luisa de Marillac, él habla como un teólogo experimentado. Como fundador, es capaz de explicarnos, con ella, cómo la vocación de «consagrado, de persona entregada», produce un compromiso que tienen valor de eternidad.

El pensamiento expresado por san Vicente no conoce largos discursos sobre el bautismo. Él conoce sus fundamentos y para él es la base sólida que nos hace adherirnos a Jesucristo. Preocupado por dar una catequesis aplicada a las Hijas de la Caridad, que en su mayoría no sabían leer, él explica y analiza lo que hay que saber y dar a conocer a los más incultos. No deja de entrar en detalles:

«Sois cristianas, hermanas mías, y por consiguiente estáis obligadas a pelear contra el mundo por las promesas que le habéis hecho a Dios en vuestro bautismo. Cuando se os preguntó: «¿Renunciáis al diablo, al mundo y a sus pompas?», dijisteis: «Renuncio». Y aunque no lo dijerais vosotras mismas, sino por boca de vuestros padrinos y madrinas, tenéis que guardar fidelidad a Dios y cumplir con la promesa que ellos hicieron por vosotras. No os gustaría renunciar al sagrado carácter que recibisteis en este sacramento y a la gracia de la fe que entonces os confirieron.

Por tanto, hay que mantener las promesas que allí hicisteis; si no, seríais ciertamente cristianas, porque el carácter no se puede quitar, pero no lo seríais más que de nombre, porque no realizáis las obras. Pensad un poco en esto, hermanas mías, por favor: «Yo soy cristiana por una gracia especialísima de Dios. Otras muchas serán condenadas por no haberlo sido, aunque hubieran sido mejores que yo si Dios les hubiese concedido esta misericordia.

¿Voy a renunciar a lo que prometí a Dios? ¡Qué crimen sería y qué castigo merecería!». Sin duda alguna, si entráis decididamente en estos sentimientos, conservaréis el espíritu de Dios y destruiréis el espíritu del mundo» (Conferencia del 28 de julio de 1648, *Sobre el espíritu del mundo* – IX/1, 396).

Por su parte, santa Luisa de Marillac, teóloga y mística a la vez, nos da una buena muestra de pensamientos sobre el bautismo. Ella hace penetrar en los secretos de su corazón, y su viva sensibilidad ilumina el camino de todas y de todos:

Siendo el bautismo un nacimiento espiritual, se desprende que aquel en quien hemos sido bautizados es nuestro Padre y que como buenos hijos debemos parecernos a Él, ya que bautizados en la muerte de Jesucristo, toda nuestra vida debe ser una muerte continua. Por consiguiente, sería muy perjudicial al alma vivir rodeada de delicias, teniendo en cuenta además que esa muerte en la que hemos sido bautizados ha sido causada por el amor que Nuestro Señor tiene por nosotros desde toda la eternidad, amor que no hubiera podido expresarnos mejor que por una muerte anticipada. En efecto, si las criaturas hacen tanto aprecio de esta vida que la prefieren a todo, ¡cuántos motivos no tenía nuestro amado Maestro para estimar la suya, acompañada de toda clase de virtudes y de un cuerpo vigoroso y en plena salud!

Por eso, como buena hija que quiero ser, con el deseo de imitar a tan buen Padre y para ser verdaderamente hija de su muerte, no quiero ya en adelante, con la ayuda de su santa gracia, no amar la muerte que debe unirnos a Jesucristo por toda la eternidad, pues no es razonable que los miembros se afanen por huir de lo que su Cabeza buscó.

Vivamos, pues, como muertas en Jesucristo y por lo tanto, ya no más resistencia a Jesús, no más acciones que por Jesús, no ya más pensamientos que en Jesús, en una palabra, no ya más vida que para Jesús y el prójimo, para que en este amor unitivo ame yo todo lo que Jesús ama, para que por este amor cuyo centro es el amor eterno de Dios por sus criaturas, alcance de su bondad las gracias que su misericordia quiere concederme (*Pensamientos sobre el Bautismo* - E. 69 – Correspondencia y escritos 774).

De la vocación cristiana a la vocación consagrada, san Vicente y santa Luisa dan el paso fácilmente. Para ellos, ya se trate de los votos o de las órdenes sagradas, se trata de comprometerse en la lógica bautismal y de perseverar en este camino pascual. Todos los cristianos están llamados a la perfección. Santa Luisa de Marillac presenta esta hermosa página sobre el bautismo, síntesis cuasi mística según su manera habitual porque escribe para sí misma:

«Confiado en la infinita misericordia de mi Dios, le pido perdón con todo mi corazón y la total absolución tanto de los pecados ya acusados como de los que no recuerdo, y en especial, del abuso que he hecho de los Santos Sacramentos, lo que no ha podido ocurrir sin gran desprecio a su bondad. De ello me arrepiento de nuevo con todo mi corazón, apoyándome en los méritos de la muerte del Salvador de mi alma como en el único fundamento de mi esperanza, en virtud de la cual confieso y renuevo la sagrada profesión hecha en mi nombre a mi Dios en mi bautismo, y me resuelvo irrevocablemente a servirle y amarle con más fidelidad, entregándome por completo a Él; a este fin, renuevo también el voto de viudez que tengo hecho y mis resoluciones de practicar las santas virtudes de humildad, obediencia, pobreza, paciencia y caridad, para honrar esas mismas virtudes en Jesucristo quien tantas veces me las ha inspirado por su amor». (*Acto de protesta* - E. 4 – Correspondencia y escritos 668)

Señor, en respuesta a tu llamada,

yo renuevo las promesas de mi bautismo

y me doy a Ti en la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Y según sus Constituciones y Estatutos
hago voto por un año
de servir a los pobres y de vivir en castidad,
pobreza y obediencia.

III- LA CONSAGRACIÓN BAPTISMAL DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Muy pronto en la historia de la Compañía las Hermanas expresaron el deseo de ratificar su entrega total a Dios por medio de los votos, fuente de fortaleza, alianza que hunde sus raíces en el misterio de la Iglesia (C. 28a). Para servir a Cristo en los pobres, las Hijas de la Caridad se comprometen a vivir su consagración baptismal mediante la práctica de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, que reciben de dicho servicio su carácter específico (C. 27).

En la fiesta de la Presentación del Señor, Sor Kathleen nos escribió una carta¹⁰. Dejemos resonar en nosotros su mensaje: *Hermanas, sostengámonos mutuamente en nuestra preparación para la Renovación por medio de nuestra oración, de nuestro compartir con sencillez lo que Dios nos comunica y de nuestro buen ejemplo para una mayor fidelidad a nuestra vocación hoy.*

- El voto de servicio a Cristo en los pobres que da un fundamento sólido a los otros tres votos. Este voto nos proporciona fuerza y dinamismo para ser siervas de nuestros hermanos y hermanas los pobres. Nos sitúa ante el desafío de *abrirnos*, es decir, de entregarnos completamente a los otros en la complejidad de su realidad y, así pues, tratar de acompañarlos en un desarrollo integral. Este voto exige igualmente que realicemos nuestro servicio en colaboración y que cumplamos juntas tareas comunes. La vida comunitaria da una luz interesante sobre el sentido del servicio y de la atención a los otros. Realza la importancia de la alegría y del compartir, así como del perdón y del discernimiento responsable.

- El voto de castidad requiere un don gratuito y total por el Reino. Este voto sólo se puede vivir auténticamente si permitimos que el ejemplo y el acompañamiento de Jesús transformen la castidad en experiencia de «Ephata», que nos hace abrirnos a la fecundidad en lugar de encerrarnos en la esterilidad. Estaremos ante el desafío de renovar nuestra unión íntima con Cristo. Él nos ayudará a *franquear la puerta* de nuestro egocentrismo, que busca experiencias que nos realicen personalmente, de nuestra «reserva», que defiende desmesuradamente nuestros espacios privados y de nuestra tendencia a economizar nuestra energía para nuestros intereses personales.

- **Para vivir el voto de pobreza en su plenitud, a semejanza del mismo Jesús, es necesario el espíritu de abandono al Padre.** Nos esforzamos en vivir de una manera que muestre que Dios es nuestro único tesoro y que nos comprometemos a vivir en dependencia total de Él en todas las cosas. A pesar de las tentaciones contra la confianza en la Divina Providencia, debemos *franquear la puerta* de nuestro miedo a no tener «suficiente» y a no tener «bastante control». Debemos expresar de manera concreta que nuestra calidad de vida no depende de la cantidad de nuestros bienes o de nuestra «superioridad», sino de nuestra confianza en que Dios estará siempre con nosotras y nos cuidará.

- **En su forma más pura, el voto de obediencia nos hace ofrecer nuestra disponibilidad incondicional para hacer la voluntad de Dios y realizar su proyecto para la pequeña Compañía.** Esto implica siempre la opción libre de seguir la voluntad de Dios en nuestra vida, revelada por la mediación de una autoridad legítima. La obediencia nos hace *franquear la puerta* del individualismo en favor de la unión comunitaria que nos permite trabajar juntas en un clima de confianza y diálogo, con miras a la venida del Reino y la gloria de Dios. En efecto, la mística de nuestra vida en comunidad no pretende simplemente que nos sintamos bien juntas, sino servir a Aquel que nos ha llamado y reunido.

Siguiendo las huellas de nuestros Santos Fundadores, podemos vivir los cuatro votos de tal manera que hagamos una experiencia de *Ephata* increíble, liberadas de todo lo que nos retiene para una unión más completa con Dios. Si nos comprometemos a darnos radicalmente, yo creo que los votos nos proporcionarán la energía y serán el marco para *franquear la puerta*, para *ir hacia y encontrarnos*.

Cada una de nosotras debe preguntarse: ¿estoy dispuesta a vivir radicalmente los votos con el fin de abrirme al Espíritu transformador, acercarme a Cristo y ponerme realmente entre las manos de Dios para hacer su santa voluntad?

Señor, en respuesta a tu llamada,
yo renuevo las promesas de mi bautismo.

Concédeme la gracia de la fidelidad,
por tu Hijo Jesucristo crucificado
y la intercesión de la Virgen Inmaculada.

Padre Bernard SCHOEPFER, CM

Director General

Notas

¹ Constituciones p. 67

² Papa Francisco, audiencia: 11 de abril de 2018

³ Quinto Septimio Florente Tertuliano, nacido entre 150 y 160 en Cartago (actual Túnez) y fallecido hacia 220 en Cartago, es un escritor de lengua latina procedente de una familia bereber romanizada y pagana.

⁴ Papa Francisco, audiencia: 18 de abril de 2018

⁵ Papa Francisco, audiencia: 2 de mayo de 2018

⁶ Papa Francisco, audiencia: 9 de mayo de 2018

⁷ Papa Francisco, audiencia: 16 de mayo de 2018

⁸ Gaudete et exsultate n° 15

⁹ Ficha vicenciana n° 108: el bautismo

¹⁰ Sor Kathleen Appler, Carta del 2 de febrero de 2020

Sesión de Hermanas de 25 a 40 años de vocación

Las llamadas urgentes
para ser fieles
al carisma hoy

Es una alegría estar aquí con ustedes esta mañana. He sido invitado a intervenir sobre el tema: «*Las llamadas urgentes a las Hijas de la Caridad para ser fieles al carisma hoy*». Me parece que algunas de ellas han sido tratadas en el marco de su proceso de Asambleas. El Consejo general, después de considerar las ideas de las Visitadoras, ha elegido el tema *Ephata* para sus Asambleas domésticas, provinciales y general. A la luz de este tema, se han propuesto para su reflexión cuatro desafíos de dimensión universal. Ustedes han terminado sus Asambleas domésticas, por lo tanto, ya han profundizado en estos cuatro desafíos y las posibles respuestas:

1. Los derechos humanos y el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad;
2. El cuidado de la «casa común»;
3. La mística de «vivir juntos»;
4. La transmisión de la fe y de los valores cristianos a las jóvenes generaciones.

En sus próximas Asambleas provinciales, y después en la Asamblea general del año próximo, ustedes continuarán reflexionando sobre estos desafíos, que yo considero como las llamadas urgentes que las ayudarán a ser fieles al carisma hoy. Quisiera presentarles aquí algunas de mis reflexiones sobre estos temas, así como las de san Vicente. Como conclusión, propondré otros dos desafíos, que me parecen muy importantes para ustedes, así como para toda la Familia vicenciana.

I- Los derechos humanos y el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad

En mi pensamiento, no existe ninguna duda de que el carisma vicenciano nos obliga a defender los derechos humanos de toda persona, en especial de los más abandonados, y a promover su desarrollo integral. Estoy seguro de que san Vicente estaría de acuerdo en esto. Después de todo, entre sus numerosos esfuerzos para ayudar a los necesitados, él trabajó personalmente para resolver el caso de un niño abandonado y señaló que: «*según las ordenanzas, los señores están obligados a mantener a los niños expósitos*»¹. También animó a

las primeras Hermanas a velar por la instrucción de los niños abandonados. *«Hijas mías, vosotras seréis madres razonables si veláis por las necesidades de esas criaturas, las instruíis en el conocimiento de Dios y las corregís con justicia acompañada de mansedumbre»*². Asimismo, san Vicente defendió los derechos de los presos, mejorando sus condiciones de vida y prodigándoles cuidados espirituales, y tuvo la audacia de poner a las Hijas de la Caridad a su servicio.

Podría continuar con numerosos ejemplos de la asistencia directa de Vicente a los pobres, así como de su acción para que otros les ayuden. Como bien saben, él hizo todo lo que estaba en sus manos para aliviar su suerte. Sé que hay lugares en los que ustedes continúan cuidando a los niños abandonados, en especial a los niños discapacitados, a los presos, pero también ustedes son inventivas para servir a otros pobres, ya sean personas sin hogar, enfermas o solas. Las exhorto a continuar buscando medios creativos para defender a aquellos que la sociedad rechaza y para promover sus derechos y su desarrollo integral.

II- El cuidado de la «casa común»

El Papa Francisco pone de relieve este tema haciéndolo el objeto de una encíclica, *Laudato Si*, sin duda porque ha reconocido que la Tierra es la única casa que tenemos y que los desfavorecidos son los que más sufren cuando no la cuidamos correctamente. Los pobres son los más afectados por las catástrofes naturales porque sus casas son menos resistentes a los vientos, a la lluvia y a los incendios que las de los ricos y tienen tendencia a vivir en zonas frágiles más sujetas a los estragos de los elementos.

Los científicos nos dicen que no nos queda más que un decenio para aportar cambios radicales que salven nuestra casa común. Esto debería animarnos a cada uno a hacer nuestra parte en este esfuerzo. Esto podría consistir en tomar los transportes en común, en aplicar los principios de las «4 R» (reducir, reutilizar, reciclar y recuperar) y en animar a los otros a hacer lo mismo. También podríamos hacer presión a los representantes del gobierno para que tomen opciones en favor del medio ambiente.

San Vicente nunca abordó este tema en sí mismo. Sin embargo, era un hombre del campo, así pues, sabía cómo cuidar de la Tierra y de sus habitantes. Él subrayó que era *«el hijo de un pobre labrador, que ha guardado ovejas y puercos»*³. A menudo utilizó imágenes sacadas de la naturaleza, por ejemplo, las flores de los campos, el grano que Dios hace crecer, el viento que golpea a un navío, etc... Convencido de que Dios nos habla a través de la creación y de que Él actúa en ella, no desdeñó el mundo natural. Explicó a un superior nombrado recientemente:

« Toca al superior mirar no solamente por las cosas espirituales, sino que ha de preocuparse también de las cosas temporales; pues, como sus dirigidos están compuestos de cuerpo y alma, debe también mirar por las necesidades del uno y de la otra, y esto según el ejemplo de Dios que, ocupado desde toda la eternidad en engendrar a su Hijo, y el Padre y el Hijo en producir al Espíritu Santo, además de estas divinas operaciones ad intra creó el mundo ad extra, ocupándose continuamente en conservarlo con todas sus dependencias y

produciendo todos los años nuevos granos en la tierra y nuevos frutos en los árboles, etc... Y el mismo cuidado de su adorable Providencia llega hasta hacer que no caiga ni una sola hoja de un árbol sin su aprobación; tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y alimenta hasta al más pequeño gusanillo y al más humilde insecto»⁴.

III- La mística de «vivir juntos»

Todos hemos vivido las alegrías y las dificultades de la vida en común. Decimos que tú puedes elegir a tus amigos, pero no a tu familia. Sin embargo, cuando respondemos a la llamada de Dios y entramos en la comunidad, nos unimos a otra familia, una familia en la que también esperamos encontrar amigos. San Vicente aconsejó a sus cohermanos:

«A fin de que la caridad fraterna y la santa unión reine siempre y se conserve perpetuamente entre nosotros, todos se tendrán mutuamente sumo respeto, aunque como buenos amigos que tienen que vivir siempre juntos»⁵.

Es lo mismo para ustedes, Hermanas. Deben trabajar su «vivir juntas». Cuando lo hagan, serán no solamente felices, sino que la gente observará también la alegría y la armonía de sus vidas. Ustedes les reflejarán a Jesús.

San Vicente tenía mucho que decir sobre este tema. No tienen más que recorrer las conferencias a las primeras Hermanas para ver cuántas veces les habló de la manera en la que debían vivir juntas. Les dio conferencias sobre la unión de los miembros de la comunidad, el respeto cordial, la reconciliación, la práctica del respeto mutuo y la mansedumbre, sobre la obligación de esconder y excusar las faltas de las Hermanas, la caridad mutua y el deber de reconciliación, la condescendencia y la tolerancia, la cordialidad, el respeto, las amistades particulares. Permítanme darles algunos ejemplos de lo que él les dijo.

«... vivan todas unidas, sin tener más que un solo corazón y una sola alma, a fin de que por esta unión de espíritu sean una verdadera imagen de la unidad de Dios, ya que su número representa a las tres personas de la Santísima Trinidad»⁶.

«Estar siempre unidas por el vínculo de la caridad y de la paciencia mutua es estar como en un paraíso. Hijas mías, hacerlo así, soportar y condescender, es un paraíso en la tierra»⁷.

Según San Vicente, evidentemente, los desafíos son, no solamente humanos, sino divinos.

IV- Transmitir la fe y los valores cristianos a las jóvenes generaciones.

Si quieren aportar cambios serios al mundo tal y como es hoy, hay que hacerlo por medio de los jóvenes. Como bien sabemos, ellos son el futuro de la Iglesia y de la sociedad. Tenemos la obligación de transmitirles nuestra fe y los valores cristianos. El Papa Francisco

juzgó esto lo bastante importante para consagrarle un Sínodo de obispos: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional», así como la exhortación apostólica post-sinodal, *Christus vivit*.

Desde los inicios de su Compañía, las Hermanas trabajaron con los jóvenes. En una carta a santa Luisa, Vicente escribe: «*Hay que pensar un poco en la manera de enseñar a las hijas a llevar la escuela*»⁸. Aparentemente, ella sugirió enviarlas para que se formaran en las Ursulinas, ya que poco después, él respondió: «*No espero mucho de esa manera de comunicarse las Ursulinas con sus hijas. Sin embargo, envíelas, si le parece bien*»⁹. Las Hermanas prosiguen en esta obra, porque, mucho más tarde, en 1660, Francisco Fouquet, arzobispo de Narbona, envía a Sor Francisca Carcireux a una institución de la diócesis de Alet para prepararse allí para enseñar a las jóvenes.¹⁰ El principal objetivo de su enseñanza era la transmisión de la fe, ya que la lectura servía especialmente para aprender a rezar y el catecismo ocupaba una parte importante del programa. San Vicente afirmó que las Hermanas «*pelean también (contra el diablo) con las enseñanzas que dan a las niñas, en quienes van insinuando el temor de Dios y el deseo de la virtud*»¹¹.

San Vicente y santa Luisa animaron a los Cohermanos y a las Hermanas a enviarles todas las jóvenes que parecían tener vocación. Sin embargo, insistieron en el discernimiento, pidiendo que las jóvenes fueran probadas antes de ser enviadas a París. Por ejemplo, santa Luisa escribe al Abad de Vaux:

*«Sor Magdalena me había dicho que algunas jóvenes se presentaban para servir a los pobres. Le ruego muy humildemente, señor, que se tome la molestia de sondear su vocación y la solidez de su espíritu, y si las encuentra usted aptas para nosotras, serán aquí bien recibidas. Tienen que ser robustas y sanas»*¹².

V- La colaboración con aquellos cuyos intereses son similares a los nuestros, en especial los miembros de la Familia vicenciana

El Estatuto 9 de sus Constituciones anima a la colaboración, porque en él se dice:

- a. *Las Hermanas trabajan con otras personas en colaboración leal, con espíritu de participación, viviendo los valores de la Compañía. La cooperación con organismos privados o públicos hace posible un mejor servicio y un testimonio evangélico más amplio.*
- b. *Colaboran con las fuerzas vivas de la pastoral del lugar y hacen lo posible por promover un laicado responsable.*
- c. *La fidelidad a sus orígenes las induce a trabajar en colaboración con las diversas ramas de la Familia vicenciana y a suscitar el compromiso de jóvenes y adultos en favor de los más necesitados.*

Como quizás sepan, a comienzos de enero organizamos en Roma un encuentro de los responsables internacionales de la Familia vicenciana. Éramos alrededor de 200 representantes de 97 Congregaciones y Asociaciones diferentes, reunidos para reflexionar sobre el tema: «*Al comienzo de nuestro quinto siglo, la Familia vicenciana avanza*». Uno de nuestros

principales objetivos era animar a todas las ramas a trabajar juntas, a colaborar entre ellas en proyectos comunes, en especial la Alianza Famvin con las personas sin hogar y su proyecto «13 Casas». Como probablemente sabrán, este último proyecto toma su nombre de las casas que Vicente había construido en 1645 para albergar a los niños abandonados. Si todavía no han tenido información de este encuentro, las animo a consultar la página Web de Famvin, donde se encuentran resumidos los debates de cada día en diferentes idiomas.

Esta idea de colaboración remonta también a la época de nuestros Fundadores. Como subrayó el Padre Maloney en su discurso de apertura del encuentro antes mencionado, todos los grupos que san Vicente fundó se ayudaban entre ellos. Los cohermanos debían establecer una Cofradía de la Caridad allí donde daban una misión, además de ofrecer una asistencia espiritual a las Hijas de la Caridad. Estas últimas trabajaron con las Cofradías de la Caridad y bajo la dirección de las Damas de la Caridad, principalmente en el Hôtel-Dieu de París. Las Damas de la Caridad ayudaron generosamente a los otros tres grupos con sus recursos.

Estoy convencido de que trabajando juntos tendremos un impacto todavía mayor en la promoción de aquellos a los que tratamos de servir. Así pues, las animo a trabajar con los otros, de todas las maneras posibles, en sus diferentes apostolados. Los pobres se lo agradecerán.

VI- Trabajar con miras a un cambio sistémico

Yo creo que la única manera de ayudar verdaderamente a los pobres es trabajar por eliminar las causas de su pobreza y ayudarles a ayudarse a sí mismos. San Vicente también era de esta opinión, aunque la expresión «cambio sistémico» no existía en el siglo XVII. Él y sus cohermanos, con la ayuda financiera de donantes generosos, ayudaron a los pobres por todas partes, incluso en las regiones devastadas de Lorena y de Picardía. Naturalmente, ellos respondieron primero a sus necesidades más urgentes.

«Asistimos corporal y espiritualmente al pobre pueblo campesino retirado por esas aldeas: corporalmente, repartiendo quinientas libras de pan al mes en cada ciudad... y, por la gracia de Dios, no nos han faltado hasta el presente y espero que no nos falten, ya que tenemos por lo menos fondos suficientes para todo este año»¹³.

Además, por mediación de las Damas de la Caridad, veló para que los habitantes recibieran aquello que necesitaban para salir adelante. Como escribió al hermano Juan Parre:

«Se querría igualmente que todos los pobres que carecen de tierras se ganasen la vida, tanto hombres como mujeres, dándoles a los hombres algún instrumento para trabajar, y a las muchachas y mujeres ruecas y estopa y lana para hilar, y esto solamente a los más pobres. En estos momentos en que va a llegar la paz, cada uno encontrará donde ocuparse y, como los soldados no les quitarán lo que tengan, podrán ir reuniendo algo y recuperándose poco a poco; para ello

la reunión ha pensado que hay que ayudarles al comienzo y decirles que ya no podrán esperar otro socorro de París»¹⁴.

Vicente sabía que esto respondería a sus necesidades reales, porque, algunos años antes, él había recibido una carta de los misioneros en servicio en esta región que atestiguaba su éxito:

«También hemos repartido los granos que han enviado de París a esta comarca. Los han sembrado y Dios reparte su bendición; esto hace que el pobre pueblo soporte sus males con más paciencia, esperando que la cosecha pueda aliviar su situación»¹⁵.

Así pues, las animo a imitar a san Vicente poniendo en práctica el cambio sistémico en sus servicios. Espero que ya lo estén haciendo, pero las exhorto a redoblar esfuerzos en este sentido. No olviden tampoco implicar a los mismos pobres en las decisiones que conciernen a las prioridades y las soluciones.

Permítanme concluir diciendo cuánto aprecio todo lo que las Hijas de la Caridad realizan en todo el mundo para ayudar a nuestros hermanos y hermanas más pobres. En mis visitas a las Provincias, me alegro de ver la creatividad, el dinamismo y el entusiasmo con los que ustedes sirven a los pobres. Que continúen en su respuesta fiel a las llamadas para acudir en ayuda de los más pobres con el espíritu de san Vicente y santa Luisa.

Padre Tomaž MAVRIČ, CM
Superior general

Notas

¹ SVP VI, 286; carta 2358 a Felipe Manuel de Gondi

² SVP IX/1, 143; conferencia 16 del 7 de diciembre de 1643, «Sobre la obra de los niños expósitos»

³ SVP II, 9; carta 439 a Luis Abelly, Vicario general de Bayona, 14 de enero de 1640.

⁴ SVP XI/3, 241; conferencia 77, «Consejos a Antonio Durand, nombrado Superior del seminario de Agde» [1656]

⁵ *Reglas Comunes de la Congregación de la Misión*, VIII, 2

⁶ SVP IV, 228-229; carta 1450 a Sor Ana Hardemont en Hennebont, París, 30 de julio de 1651

⁷ SVP IX/2, 1030; conferencia 95, «Sobre la condescendencia y la tolerancia – Reglas comunes, Artículo 38)», 30 de mayo de 1658

⁸ SVP I, 446; carta 308 a Luisa de Marillac, San Lázaro, martes por la mañana [1638]

⁹ SVP I, 447; carta 309 a Luisa de Marillac [1638]

¹⁰ SVP VIII, 320, nota 1; cf. carta 3279 a Sor Francisca Carcireux, Superiora en Narbona, París, 9 de julio de 1660

¹¹ SVP IX/1, 463; conferencia 43 del 19 de abril de 1650 «Sobre la conducta que hay que observar en las dificultades cuando se está lejos de la Casa Madre»

¹² *Correspondencia y escritos*, p. 86-87; carta 77 al Señor Abad de Vaux (agosto 1642)

¹³ SVP I, 573; carta 423 a Luis Lebreton en Roma, 12 de octubre de 1639

¹⁴ SVP VIII, 66; carta 3036 a Juan Parre en San Quintín, París, 9 de agosto de 1659

¹⁵ SVP IV, 130; carta 1363, Unos Sacerdotes de la Misión a San Vicente, [1650 o enero de 1651]

Sesión de Hermanas de 25 a 40 años de vocación

*La comprensión
y la vivencia de los votos hoy*

Los votos y el seguimiento de Cristo

«En respuesta a la llamada de Cristo, que me invita a seguirle...» (C. 28b)

Desde el inicio, nuestra fórmula de votos nos recuerda que hemos sido llamados a «seguir a Cristo». Los votos son una respuesta a esta invitación. La llamada parece bastante sencilla, pero su realización es personal y exigente. Para comenzar, vamos a detenernos en el Evangelio de Juan para ver la luz que aporta a nuestra llamada a seguir al Señor. Este Evangelio tiene un color particular debido a su invitación a un seguimiento perfecto. Gracias a este análisis, podemos descubrir más plenamente el efecto de nuestra vocación en la vida que hemos elegido abrazar a través de los votos. Luisa nos anima a este respecto:

«Que esté siempre en mi corazón el deseo de la santa pobreza, para que libre de todo, siga a Jesucristo y sirva con toda humildad y mansedumbre a mi prójimo, viviendo en obediencia y castidad toda mi vida, honrando la pobreza de Jesucristo, que Él guardó con tanta perfección» (Correspondencia y escritos, E.7, p. 671).

Concederemos una atención particular a la segunda mitad del Evangelio que comienza en el capítulo 13 con el discurso de la Última Cena y se termina en el capítulo 21. Estos interesantes relatos pueden conducirnos a través del tiempo de Cuaresma hasta el Misterio Pascual. Dejaremos que el apóstol Pedro nos guíe a lo largo de estos capítulos. Su lucha concreta y su victoria final en el seguimiento de Cristo son de utilidad para todos los que, como nosotros, desean seguir a Cristo. Su triple afirmación de su amor por el Señor puede hacernos pensar en el compromiso de nuestros votos. El Evangelio termina con la llamada dirigida a Pedro para seguir al Señor resucitado con todo lo que esto implica.

I- El Discípulo de Cristo como aquel que le sigue: Juan 1-12

La práctica de seguir a Jesús aparece en los 12 primeros capítulos del Evangelio de Juan. Examinemos varias referencias que pueden sostener nuestra reflexión actual. Jesús dice:

«Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12).

Así, Cristo guiará a los que eligen seguirle por el camino de la vida. La imagen del discípulo persiguiendo la luz que es Cristo en medio de las tinieblas es descriptiva y penetrante. En otro pasaje, Jesús dice:

«Cuando [el Buen Pastor] ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz» (Jn 10, 4 ; ver 10, 27).

Aquí, emerge otra imagen que interpela a nuestros sentidos. Cristo, Buen Pastor, llama al discípulo a acompañarle. Estamos llamados a familiarizarnos con la «voz» del Señor y a estar preparados para responder cuando le oigamos hablar en medio de nuestra vida cotidiana y de nuestro servicio. Finalmente, observamos el desafío que Jesús lanza en este evangelio:

«El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor» (Jn 12, 26).

Aquí, Jesús ofrece el importante paso del servicio como medida del seguimiento de Cristo para sus discípulos. Allí donde está Jesús, se encuentra también su servidor.

En la primera mitad del Evangelio de Juan, recibimos indicaciones para seguir al Señor por el camino por el que Él nos conduce: mantener abiertos los ojos y los oídos y tener las manos y los pies activos. Éste es el objetivo de nuestros votos. En la segunda mitad del Evangelio de Juan, observamos cómo la llamada a seguir a Jesús es ilustrada para nosotros por Pedro.

II- Lecciones sobre el seguimiento de Cristo en la Cena joánica

Al comienzo de la Última Cena en el Evangelio de Juan, Jesús, después de haber lavado los pies de sus discípulos, les da esta consigna:

«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “Maestro” y “Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13, 12-15).

El modelo que Jesús propone es significativo. No es solamente un sencillo gesto de servicio humilde, sino la manera en la que Jesús lo lleva a cabo: lavar los dos pies de todos los discípulos (¡incluso Judas!) y realizar personalmente este servicio con sus manos. Jesús no escatima en los detalles ni en los elementos prácticos. Para el que elige seguirle, el carácter absoluto del servicio es claro: lavar los dos pies de todos los discípulos. Si los detalles del relato no bastasen para subrayar la importancia de este gesto de servicio, Pedro da un paso adelante para ilustrarlo con más fuerza.

Mientras que Jesús lava los pies de los discípulos, Pedro está consternado. Él exclama ante Jesús y los otros: *«¡No me lavarás los pies jamás!»* Las palabras de Pedro, procedentes sin duda de una mezcla de orgullo y de humildad, no influyen en Jesús. Éste se dirige severamente a Pedro: *«Si no te lavo, no tienes parte conmigo»*. La fuerza de las palabras de Jesús aturde a Pedro. Podría haber esperado al menos un debate sobre la razón por la que el maestro no debería

lavar los pies al servidor, pero Jesús no lo permite. Fija un límite para Pedro sin ningún margen de negociación. Sabiamente, Pedro retrocede inmediatamente. Jesús no permite equívocos en este tema, esta enseñanza es importante para Él, ¿Por qué?

Deberíamos interrogarnos sobre el sentido de la lección, que Jesús ofrece aquí, relativa al servicio y su seguimiento, después subrayada por el encuentro con Pedro. Una de las consecuencias es la afirmación del rol del responsable como ministro «al servicio de ...». *Jesús vino para servir, no para ser servido* (Mt 20, 28), y sus discípulos deben comprender esta instrucción. Si no lo hacen, no tienen su lugar entonces en la visión de Jesús sobre la responsabilidad, la jerarquía y la comunidad. Pedro, más que cualquier otro discípulo, debe captar esta verdad con el fin de asumir las responsabilidades de las que Jesús le encargará. Otra lección es que el servicio debe ser personal, universal y completo. La acción que Jesús lleva a cabo no es simplemente «simbólica» sino un verdadero ejercicio práctico del ministerio. Cuando imitamos el gesto de Jesús en nuestras celebraciones actuales del Jueves Santo, los pies que son lavados no están efectivamente sucios; no podemos presumir lo mismo de los pies de los Apóstoles. Pedro debe aprender bien esta lección, y nosotros también.

Después del lavatorio de los pies y el diálogo con Pedro, Jesús continúa hablando de su camino y de la manera de seguirle. Continúa enseñando a Pedro:

Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿adónde vas?» Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde». Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: No cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces» (Jn 13, 36-38).

Los discípulos son incapaces de seguir a Jesús cuando Él entra en su Pasión porque no saben lo que va a pasar, no están preparados para entrar plena y libremente en este sacrificio. Jesús no quiere que los discípulos le sigan ciegamente. Quiere que comprendan el significado de todo esto y su verdadera identidad. Ellos no estarán preparados para seguirle hasta que conozcan el significado de su Pasión y de su muerte, y los frutos de su Resurrección. Sólo con esta condición podrán seguirle sin reservas. (Podríamos decir otro tanto con respecto a la vivencia de los votos).

Para asegurarse de que los otros discípulos (y nosotros mismos) captan el desafío, Pedro interviene de nuevo con su impetuosidad. Él pide una respuesta: «¿Por qué no puedo seguirte ahora?» Incluso va a afirmar que está dispuesto a dar su vida por Él. Sabemos cómo progresa esta afirmación de manera vergonzosa en la historia que sigue. Sin embargo, Pedro vuelve a llamar nuestra atención sobre un aspecto importante de nuestra búsqueda del Señor: no podemos ser demasiado presuntuosos respecto a nuestra capacidad de seguirle plenamente. A veces, nuestra propia debilidad y / o nuestro miedo pueden interferir. Si deseamos seguir al Señor, debemos permitirle tomar la iniciativa y caminar humildemente mientras Él nos guía. ¡Vicente nos diría que no nos adelantáramos a la Providencia! Reconocer nuestra debilidad no es malo en sí mismo, esto permite conocer nuestros límites y seguir a Cristo sin presumir de conocer demasiado rápido su voluntad.

Cuando estemos preparados, el Maestro nos dará aquello que necesitamos para seguirle dócilmente. Vicente une estas ideas de servicio, de Providencia y de sumisión para hablar del seguimiento de Cristo.

«No podemos asegurar mejor nuestra felicidad eterna que viviendo y muriendo en el servicio de los pobres, en los brazos de la Providencia y en una renuncia actual a nosotros mismos, para seguir a Jesucristo» (SVP III, 392, C. 1129 a Juan Barreau, 4 de diciembre de 1648).

III- Lecciones sobre el seguimiento de Cristo en el relato de la Pasión

Una vez que los soldados y los guardias hubieron detenido a Jesús en el huerto de Getsemaní, se lo llevaron. Dos de los discípulos le siguen:

«Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro: «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?» Él dijo: «No lo soy»» (Jn 18, 15-17).

Pero «deambular» detrás del Señor, que ha sido detenido y llevado, no puede ser calificado de «seguimiento» más que en el sentido más literal. Pedro trata de no perder de vista al Señor, pero no es porque quiera identificarse con Él. La criada nos pone en evidencia este hecho cuando le pregunta a Pedro si él es uno de los discípulos de Jesús. Él niega inmediatamente la asociación. De hecho, Pedro se pone del lado de los enemigos de Jesús cuando se une a ellos en torno a una hoguera por su luz y su calor. Se ha separado de la «Luz del mundo». Prueba a la vez en palabras y en actos que todavía no está preparado para ser un verdadero discípulo. Lo hace en tres ocasiones (Jn 18, 25-27; cf. 13, 38).

En este punto del relato evangélico emerge una toma de conciencia de la respuesta que daríamos a alguien que nos preguntara si somos discípulos de Jesús. Sabemos que caminar detrás de Jesús y avanzar más o menos en el mismo sentido que Él, pero no querer un vínculo demasiado estrecho con Él en términos de actitud y de esfuerzo, no es lo mismo que ser un fiel discípulo. Las personas con las que nos identificamos y los lugares que compartimos con ellas pueden revelar nuestro objetivo y aquello a lo que nos comprometemos. Recordemos la enseñanza de Jesús sobre el Buen Pastor:

«Cuando [el Buen Pastor] ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños» (Jn 10, 4-5).

Debemos aprender a reconocer la voz de Jesús y a comprometernos a seguirle solo a Él. Esto recentra la orientación y las decisiones de nuestra vida, el deseo de nuestra mente y de nuestro corazón. Jesús no es todavía esta figura central para Pedro. El miedo y la falta de comprensión le siguen impidiendo abandonarse para seguirle. Podríamos decir que Pedro todavía no le amaba lo suficiente, pero ese día vendrá muy pronto.

Luisa de Marillac vincula frecuentemente el seguimiento de Jesús a la cruz que está en el centro de su seguimiento de Cristo y de su vida espiritual:

«Sí, queridas Hermanas, el mayor honor que pueden recibir es el de seguir a Jesucristo cargado con la suya» (Correspondencia y escritos, C 564, p. 519).

«Demos, pues, el primer paso para seguirle que es el de decir con todo nuestro corazón: yo lo quiero, amado Esposo, lo quiero así y para probártelo te sigo hasta el pie de la cruz que escojo por mi claustro; y ahí quiero dejar a la tierra lo que son afectos terrenos, puesto que tu voz me convida, hablándome al corazón, a que incline el oído y olvide mi pueblo y la casa de mi padre para que tu Amor quede prendado de mí. Al pie de la Cruz santa y sagrada te adoro, pues, y sacrifico todo lo que pudiera ser impedimento a la pureza del amor que quieres de mi» (Correspondencia y escritos, E.105, p. 821)

IV- Lección sobre el seguimiento de Jesús en la enseñanza post-resurrección

La Pasión y la muerte de Jesús han constituido un acontecimiento traumático en la vida de sus colaboradores más cercanos. Estos acontecimientos han preparado el terreno para el asombro que acompañará a la resurrección. Cuando Jesús comienza a encontrarse con sus discípulos bajo su forma glorificada, ellos adoptan una actitud de seguimiento mejor y más entregado. Están dispuestos a responder a las preguntas difíciles con honestidad y energía.

Tres etapas conducen a la orden dramática de Jesús para que Pedro «le siga». Cada etapa prepara el camino de la llamada.

En primer lugar, Jesús pregunta a Pedro si le ama:

«Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?» Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos».

Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17).

Jesús le hace a Pedro la pregunta sobre el amor por Él, tres veces. En cada una de las preguntas, hay un acento que cambia; cada vez que llama a Pedro a responder, su respuesta está fundada en una mayor comprensión de sí mismo y en un compromiso más profundo por su parte.

Sabemos hasta qué punto es fácil responder a algunas preguntas con desenvoltura – de hecho, a menudo, ni siquiera las consideramos como preguntas. Alguien podría preguntarnos de pasada: «¿Cómo te va?» o «¿Cómo estás?» Él no espera verdaderamente una respuesta

detallada ¡y podría sorprenderse de recibirla! A menudo, podríamos responder simplemente «bien», sin ni siquiera preguntarnos si nuestra vida o nuestra salud son verdaderamente buenas. Sin embargo, si alguien nos parara para preguntarnos de nuevo: «No, yo verdaderamente quiero saber, ¿cómo estás?», en este punto, podríamos dedicar tiempo para ofrecer a la persona una descripción más detallada y real de nuestra vida y de nuestra salud. Podemos verdaderamente entablar una conversación. Y si el interlocutor escuchara atentamente esta segunda respuesta, después nos diría todavía: «De acuerdo, comprendo, pero ¿cómo estás verdaderamente?» Con esta tercera pregunta, sabemos que el otro no busca simplemente los hechos, sino la verdad de nuestro corazón y se nos incitaría a compartir con él nuestras inquietudes, nuestras esperanzas, nuestros miedos. Tal respuesta sólo puede expresarse en presencia de alguien en quien confiamos y que, según nosotros, no nos escucha solamente con sus oídos.

Mientras que Jesús prepara a Pedro para la gran etapa de seguirle sin reservas (que nosotros identificaremos con nuestros votos), la única verdad que él necesita conocer, y que el jefe de los apóstoles debe decir, es un amor sin reservas. De ahora en adelante, con la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús, Pedro tiene todas las claves de lectura: él sabe quién es Jesús y en qué medida hay que consagrarse a él. Con su triple proclamación de amor, Pedro se ha despojado de todas sus dudas, está preparado para seguir a Jesús verdaderamente.

En este diálogo con Pedro, hay un segundo elemento que surge de cada expresión de su afecto. La pregunta y la respuesta son seguidas de la orden: “*Pastorea mis corderos/mis ovejas*”. La expresión de su amor debe estar acompañada de la elección de servir. Esto no tiene nada de sorprendente; es una consigna esperada. En los Evangelios, cuando alguien pregunta cuál es el mandamiento más grande, Jesús une siempre el amor de Dios y el amor al prójimo. La Carta de San Juan enseña que no se puede amar a Dios y *aborrecer a su hermano* (1 Jn 4, 20). Así, cuando Pedro profesa su amor al Maestro, Jesús lo concretiza inmediatamente en la llamada a cuidar de su pueblo. Con la proclamación de su amor profundo, Pedro oye una llamada más profunda a servir a sus hermanos. De esta manera, él debe seguir al Señor. (Ver Jn 13, 35: «*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros*»).

Debe ser lo mismo para cada uno de nosotros. Nuestro amor al Señor se expresa en nuestro servicio al pueblo de Dios. Cuanto más profesamos amar a Dios, más nos consagramos a su servicio entre sus hijos. Lo uno no puede existir sin lo otro. Mientras nos esforzamos en seguir al Señor, damos testimonio de nuestro afecto y de nuestra entrega al servicio de los que más lo necesitan.

Finalmente, en este punto del Evangelio, Jesús está dispuesto a llamar a Pedro a seguirle. Todavía hay una cosa.

«En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías, pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme» (Jn 21, 18-19).

El miedo a seguirle en su Pasión es de ahora en adelante expresado explícitamente. El sufrimiento y la muerte de Jesús, que Pedro había querido negar (Mc 8, 31-33), revelan ser también el destino de Pedro. Jesús no trata ni de esconder la realidad ni de endulzar el mensaje. Para vivir y proclamar el Evangelio como lo hizo Jesús, el discípulo debe aceptar tener el mismo

destino que el de su maestro. El sufrimiento y una muerte ignominiosa aparecen como eventualidades que deben ser, no solamente aceptadas, sino también esperadas y acogidas.

Después de haber oído la declaración de amor de Pedro, Jesús le confía la misión de su vida, precisando dónde le conducirá todo aquello. El Señor glorificado pronuncia estas palabras que Pedro tanto quería oír: «*Sígueme*». Pedro al fin está preparado. Por supuesto, su seguimiento de Cristo no será perfecto, pero de ahora en adelante, Pedro se esforzará en seguirle tan fielmente como pueda con la gracia de Dios. Lo mismo debe ser para nosotros. Nuestro amor al Señor, nuestra entrega en el servicio, nuestro abandono de nosotros mismos y nuestra voluntad de aceptar todo lo que el futuro nos reserve, todo esto describe la manera en la que seguimos al Señor. **¡Es el camino de los votos!** Cada voto debe ser abrazado voluntaria y conscientemente. Nos comprometemos por voto a seguir este camino como dice san Vicente:

«Señor mío, no estaremos en la debida disposición para seguirte, ni tendremos ningún mérito para soportar nuestras fatigas, ni participación contigo, mientras que sucederá lo contrario si realmente renunciamos a nuestra propia voluntad por amor de Dios» (SVP XI/4, 514, Conferencia del 2 de mayo de 1659, *Sobre la mortificación*).

V- Unas últimas palabras sobre el seguimiento de Cristo

Al final del Evangelio de Juan, después de este diálogo entre Jesús y Pedro, la escena se amplía; los dos amigos caminan uno al lado del otro y el discípulo amado les sigue:

Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?» Al verlo, Pedro dice a Jesús: «Señor, y este, ¿qué?» Jesús le contesta: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú, sígueme» (Jn 21, 20-22).

La situación puede hacernos sonreír. De nuevo, podemos ponernos fácilmente en el lugar de Pedro. A pesar de la conversación increíble e importante que ha tenido con Jesús, Pedro comienza a mirar a su alrededor y se interroga sobre la posición del otro.

Pasa lo mismo con nosotros. Cualquiera que sea el grosor de nuestra parte de pastel, miramos a nuestro alrededor para ver quién tiene la parte más grande.

Pero Jesús interpela a Pedro inmediatamente: «No te preocupes por la manera en la que los otros están invitados a seguirme, tú, sígueme». Por supuesto, debemos preocuparnos de la manera en la que sostenemos mutuamente en nuestro ser de discípulos, pero nuestra mirada no debe dejarse influenciar nunca por la envidia y la dispersión. Cada uno debe seguir a Jesús según su llamada y sus capacidades; nosotros debemos hacerlo según nuestra llamada. (Ver la parábola del «Fariseo y el publicano» (Lc 18, 9-14).

De esta manera, Pedro actúa como guía en nuestro camino del verdadero seguimiento de Cristo. Su inquietud nos recuerda que debemos mantener los ojos fijos en Jesús mientras lo seguimos (recordemos el caminar sobre las aguas (Jn 6, 16-21). No debemos juzgar la manera en la que nuestras Hermanas siguen a Cristo y viven los votos.

CONCLUSIÓN

Nuestra reflexión ha comenzado con la toma de conciencia de que la llamada a vivir nuestros votos se deriva de nuestra respuesta en el seguimiento de Jesús (C. 28b). Vicente habla del seguimiento de Cristo y del fundamento de los votos:

«Como nuestra intención no debe ser otra más que la de seguir a nuestro Señor y conformarnos enteramente a él, sólo esto es capaz de llevarnos a la práctica de los consejos evangélicos» (SVP XI/4, 584, Conferencia del 22 de agosto de 1659, Sobre las cinco virtudes fundamentales).

En nuestra época, podemos percibir una tendencia a desear ser el que guía en lugar de ser el que sigue. Esta actitud puede estar profundamente anclada en cada uno de nosotros, como nos lo muestra la historia de nuestros «primeros padres». Adán y Eva están llamados a ser discípulos. Dios les ordena no comer del árbol del conocimiento. Ellos reciben la llamada a seguir esta consigna; pero ellos eligen asumir el papel de liderazgo y tomar sus propias decisiones. Es la entrada en el primer pecado.

Jesús vino entre nosotros para mostrarnos la manera correcta para un hombre de hacer la voluntad de Dios. Y, además, Él nos invita a seguirle. Nosotros afrontamos de buena gana este desafío. Nuestros votos son medios particulares para vivir bien esta decisión. Vicente nos anima a este seguimiento de Cristo:

«Entreguémonos totalmente a Dios desde ahora...para que siempre y en todas partes sintamos hambre y sed de esta justicia... Nosotros somos tus hijos, que nos ponemos en tus brazos para seguir tu ejemplo; concédenos esta gracia. Como no podemos hacerlo por nosotros mismos, te lo pedimos a ti, lo esperamos alcanzar de ti, pero con toda confianza y con un gran deseo de seguirte» (SVP XI/3, 456 - 457, Conferencia del 7 de marzo de 1659, Sobre la conformidad con la voluntad de Dios).

Padre Patrick GRIFFIN, CM

PREGUNTAS PARA FAVORECER LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. En la persona de Pedro, el Evangelio de Juan se encamina hacia el punto culminante de la llamada a seguir a Jesús. Los pasos en falso en el recorrido de Pedro, ¿le ofrecen alguna luz sobre su necesidad de modificar su abandono en Jesús?

2. Los votos están destinados tanto a eliminar obstáculos en el seguimiento de Jesús como a centrarnos más en el Señor. ¿Cómo ha experimentado estos dos aspectos de los votos?

3. Nuestro cuarto voto nos orienta hacia el servicio directo a los pobres a través del relato del lavatorio de los pies. Cuando piensa en la manera en que Jesús llevó a cabo esta acción, ¿cómo describe usted su seguimiento del Señor en su servicio?

4. En la Compañía, ¿cuál es la diferencia entre alguien que sigue y alguien que guía? (*«Hace mucho tiempo que llevo deseando y sería para mí un gran consuelo que nuestras hermanas hubieran llegado a tal extremo de respeto entre sí que la gente de fuera no pudiese conocer nunca cuál de las hermanas es la hermana sirviente»* (SVP X, 766, Doc. 237, Consejo del 19 de junio de 1647).)

Sesión de Hermanas de 25 a 40 años de vocación

*La comprensión
y la vivencia de los votos hoy*

El cuarto voto como una brújula

«Las Hijas de la Caridad, en fidelidad a su bautismo y en respuesta a una llamada de Dios, se entregan por entero y en comunidad al servicio de Cristo en los pobres, sus hermanos y hermanas, con un espíritu evangélico de humildad, sencillez y caridad» (C. 7a).

Cuando una Hija de la Caridad reflexiona sobre las virtudes y sobre los votos que se derivan de ellas, lo hace desde el punto de vista de su cuarto voto. Guiada por este cuarto voto, ella se dispone a dar una orientación más concreta a su comprensión y a su vivencia de los otros votos. También podríamos utilizar la imagen de una lente a través de la cual se ven los consejos evangélicos, o de un lenguaje que permita dar una expresión única de estas virtudes. La imagen de la «brújula», sin embargo, me atrae especialmente para nuestra reflexión. Hemos visto que los votos ofrecen un medio de seguir a Cristo. El cuarto voto ofrece el «norte geográfico» que da una orientación segura a los otros votos e influye concretamente en ellos. Sabemos que vamos en la buena dirección si utilizamos el cuarto voto como medida, él nos permite verificar nuestro seguimiento de Cristo.

En primer lugar, precisemos el contenido de este cuarto voto.

Rápidamente, podemos decir a propósito de los votos de pobreza, castidad y obediencia, que hay una palabra que se encuentra en el corazón de cada uno de ellos, palabra que pide descripciones y matices para comprenderlos bien.

Además, estos tres votos no pueden ser interiorizados más que a la luz del cuarto, que da la dirección que hay que tomar. En síntesis, el cuarto voto es el «servicio a los pobres, nuestros hermanos y hermanas». Esta expresión enuncia brevemente el contenido de este voto, pero no dice todo lo que queremos decir ni lo que significa este voto para nosotros. Debemos profundizar en otros elementos para transmitir su significado. Examinemos algunos elementos que se encuentran en la Constitución 7a.

1 – El voto pone el acento en el «*don de uno mismo*». Con este cuarto voto, la Hija de la Caridad se entrega por entero, se entrega en comunidad y se entrega a Cristo.

2 - El «*don de uno mismo*» conduce al «*servicio a los pobres, sus hermanos y hermanas*». Con miras a la entrega generosa de uno mismo, el servicio alcanza su sentido y su fin.

3 – El servicio se realiza «*con un espíritu evangélico de humildad, de sencillez y de caridad*». Aquí, otra vez, se matiza la naturaleza del servicio.

Como una brújula que muestra la orientación a seguir, (hoy, preferiríamos quizás hablar de GPS), he aquí algunas ideas sobre la orientación que este cuarto voto puede dar a la práctica de los votos de pobreza, castidad y obediencia y a la atención que nosotros les damos.

1- El don de uno mismo

«Me pareció que a mi alma se le daba a entender que su Dios quería venir a mí no como a un lugar de recreo o alquilado, sino como a su propia heredad o lugar que le pertenece enteramente» (Correspondencia y escritos, E.13, p. 680).

«Si nuestra perfección se encuentra en la caridad, como es lógico, no hay mayor caridad que la de entregarse a sí mismo por salvar a las almas y por consumirse lo mismo que Jesucristo por ellas» (SVP VII, 292-293, C. 2808, a Antonio Fleury, 6 de noviembre de 1658).

ENTREGARSE POR ENTERO

Por este cuarto voto, la Hija de la Caridad no se reserva nada, se entrega enteramente con la intención de que sea para toda la vida. A lo largo de una vida, un ser humano no puede consagrarse fácilmente por entero a una cuestión particular o a un fin particular. El esfuerzo y la concentración requeridos son importantes en función del objetivo. Esta consagración debe hacerse con toda libertad, con conocimiento de causa, en plena conciencia y por otras personas, porque ninguna «cosa» merece toda una vida humana.

En el Evangelio de Juan, el versículo 16 del capítulo 3, nos ayuda a reflexionar sobre el tema:

«Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16).

También podríamos examinar la formulación de Jesús del mandamiento más importante:

«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10, 27; cf. Dt 6, 5).

Yo debo amar a Dios con todo lo que soy: corazón, alma, fuerza e inteligencia. No me queda nada. El don total de uno mismo en el cuarto voto pide este abandono. Esto evoca la cruz, el gran símbolo de la abnegación completa.

ENTREGARSE EN COMUNIDAD

El cristianismo no es una religión que se articule entre «yo y Dios». Desde el comienzo, con el relato de la creación del hombre, aprendemos la insuficiencia del solo ser humano. Algún

otro debe asumir el rol de compañero. En la Biblia, Dios atrae al «pueblo» Israel hacia el ser divino. Este pueblo escucha recordatorios repetidos de la naturaleza de la alianza:

«Os adoptaré como pueblo mío y seré vuestro Dios» (Ex 6, 7).

Al comienzo de su ministerio público, Jesús reúne en torno a Él a un grupo de personas. Se convierten en sus discípulos y sus amigos. Claramente, son personas de diferentes orígenes, con diversos talentos, pero cada una de ellas tiene algo que aportar a la misión. Jesús les dice:

«Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15, 12-14).

Cuando una Hija de la Caridad pronuncia su cuarto voto, ella se entrega al servicio de los pobres en comunidad. ¿No es para ella una de las grandes gracias y, al mismo tiempo, una de las grandes cruces que tiene que llevar? La comunidad la invita a asumir el servicio en unión con otra y a llevar a cabo una tarea común. La vida comunitaria juega un papel importante para aprender a servir y cuidar a los demás. La comunidad exige la alegría y compartir, así como el perdón y la toma de decisión. A medida que aprendemos estas actitudes, llegamos a comprender cómo pueden aplicarse esas lecciones al servicio de los pobres. Así, apreciamos mejor los problemas que otras personas encuentran en su camino hacia el Señor. «Practicamos» en nosotros los valores que dinamizan y enriquecen nuestro servicio.

San Pablo es un excelente guía que nos anima a vivir bien la vida fraterna y no duda en corregirnos como lo hizo con la comunidad de cristianos de Filipos:

«Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordéis con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás» (Flp 2, 1-5).

Después de esta llamada a vivir bien la vida fraterna, Pablo continúa con el célebre himno a los Filipenses. Presenta a Jesús como modelo de actitud cristiana y de abandono de sí mismo, una actitud que exige anonadamiento, humildad y obediencia. ¡Recuerdenlo y piensen en el himno y en su contexto!

Ninguno de nosotros es tan orgulloso para pensar que todo podemos realizarlo solo o que la ayuda permanente de las Hermanas que trabajan juntas no permite garantizar un mejor servicio a los pobres. Por eso, es necesario adoptar un cierto número de prácticas, principalmente el consentimiento de la voluntad, la aceptación de las decisiones y el perdón de las heridas. Nada puede ofrecer a cada Hermana la ocasión de practicar las virtudes que permiten expresar su cuarto voto, como una Comunidad.

Una Hija de la Caridad se entrega en la Comunidad. Como el don total de uno mismo, esta ofrenda gratuita se realiza con plena conciencia y con la intención de implicarse personalmente en la vida de los unos y de los otros.

El don total de todo el ser y en comunidad debe ser orientado hacia alguien y ese es Cristo; esta consagración se expresa, pues, en el servicio de nuestros hermanos y hermanas los pobres. Tradicionalmente, encontramos esta afirmación en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo:

«En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40).

Esta actitud de total dedicación y seguimiento a Cristo se inscribe en la línea del Antiguo Testamento. Sin reservas, sin esperar el momento adecuado. Simplemente tomamos la cruz y le seguimos.

Para san Vicente y santa Luisa, este don radical en el seguimiento de Cristo comporta una obligación y una urgencia. El sello de las Hijas de la Caridad nos recuerda que *«La caridad de Jesús crucificado nos apremia»*. Hay un «impulso» a lo siguiente; estamos presionados al servicio sin negociación. Cada Hermana se entrega totalmente al Señor en comunidad. Ese es nuestro primer punto.

2- El servicio de nuestros hermanos y hermanas los pobres

«Así pues, hermanos míos, vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y abandonados; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros señores y nuestros amos, y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios» (SVP XI/3, 273, conferencia de enero de 1657, «Sobre el amor a los pobres»).

«Sobre todo sean muy afables y bondadosas con sus pobres; ya saben que son nuestros señores a los que debemos amar con ternura y respetar profundamente. No basta con que tengamos estas máximas en la memoria, sino que hemos de demostrarlo con nuestros cuidados caritativos y afables» (Correspondencia y escritos, C.322, p. 316).

El hecho de llamar a nuestros hermanos y hermanas pobres nuestros *«amos y señores»* debe ser más que una hipérbole pintoresca. Sin una comprensión clara de lo que queremos decir verdaderamente con esta expresión, no podemos apreciar plenamente la naturaleza de nuestro servicio. Vicente y Luisa tenían un gran interés en este título. Describe para nosotros la manera de entregarnos totalmente en comunidad a Cristo, la manifestación de este don. ¿Qué significa para alguien ser «amo y señor»? Posteriormente examinaremos cómo se expresa esta idea en los votos de pobreza, castidad y obediencia.

3- Servir «con un espíritu evangélico de humildad, de sencillez y de caridad»

«La humildad, la sencillez y el amor a la humanidad santa de Jesucristo, que es la perfecta caridad, son su espíritu» (Correspondencia y escritos, C. 420, «A mis queridas Hermanas», hacia octubre de 1652, p. 397).

«Repito una vez más que el espíritu de vuestra Compañía, hermanas mías, consiste en el amor de nuestro Señor, el amor a los pobres, vuestro amor mutuo, la humildad y la sencillez» (SVP IX/1, 537, conferencia del 9 de febrero de 1653, «Sobre el espíritu de la Compañía»; cf. C. 12b).

¿Hay que sorprenderse de que las tres virtudes de humildad, sencillez y caridad hayan de ser las que caractericen nuestro servicio a los pobres? Estas virtudes permiten a una Hermana descentrarse de sí misma y de un interés desplazado a sus propias necesidades, deseos y pensamientos. Ponen a la Hermana a disposición de aquellos a quienes sirve porque ella se conoce con lucidez, comunica este conocimiento de sí misma en un servicio sincero, y lo hace con amor. Cuando una Hija de la Caridad actúa de esta manera, es una verdadera compañera del pobre. Los pobres se sienten a gusto con ella y la consideran como una de los suyos.

Podríamos pensar, por ejemplo, en el afecto que los pobres del París del siglo XIX tenían por Rosalía. Era así a causa de la mirada que ella se dirigía a sí misma:

«Una Hija de la Caridad tiene que ser como un poyo en la esquina de una calle, en el que todos los que pasan puedan descansar y depositar la carga que llevan encima» (Rosalía Rendu, los consejos del padre Emery cuando ella tenía 16 años).

Ella y sus Hermanas vivían en medio de los pobres y compartían sus pruebas. Estas Hermanas conocían a su pueblo y su pueblo las conocía. Rosalía daba estos consejos a sus amigos:

«¡Oh! Mis queridos hijos... amad a los pobres, no les acuséis demasiado. Es por su culpa, dice el mundo: son cobardes, no son inteligentes, son viciosos, son perezosos. Con estas palabras se dispensa del deber tan estricto de la caridad. Odiad el pecado, pero amad a los pobres. Si hubiéramos pasado por las pruebas de esta pobre gente, si nuestra infancia hubiera crecido, como la suya, lejos de toda inspiración cristiana, estaríamos lejos de tener su valor» (Armand Melun, *Vida de Sor Rosalía, Hija de la Caridad*, pp. 100, París, 1929).

La Comunidad de Rosalía caminó con sus “amos y señores” en una época de revolución en la que reinaba el miedo a la peste. La humildad, la sencillez y la caridad constituían la marca distintiva de las Hermanas y su pasaporte ilimitado ante aquellos a los que amaban a través de su servicio.

4- El cuarto voto como una verdadera brújula

«No podemos asegurar mejor nuestra felicidad eterna que viviendo y muriendo en el servicio de los pobres, en los brazos de la Providencia y en una renuncia actual a nosotros mismos, para seguir a Jesucristo» (SVP III, 359, C. 1129, a Juan Barreau, 4 de diciembre de 1648).

« ¡Ah! ¡qué dicha si la Compañía, sin ofensa de Dios, no tuviera que ocuparse más que de los pobres desprovistos de todo!» (Correspondencia y escritos, E. 108, p. 826).

Hemos comenzado esta reflexión con la imagen del cuarto voto como una brújula para seguir y comprender los otros votos. Hemos considerado la geografía y la orientación de este “lugar” desde el cual podemos intentar conocer el carácter particular de los consejos evangélicos para una Hija de la Caridad. A medida que profundizamos en la naturaleza de nuestro servicio a los pobres, comenzamos a ver dónde necesitan encontrar orientación en nuestra vida los votos de pobreza, castidad y obediencia. La forma en que servimos a los pobres da el contexto para la comprensión de nuestra práctica de esos consejos evangélicos; y los consejos evangélicos colorean la forma en que realizamos nuestro servicio.

¿Qué dicen las Constituciones?

«Acogen la castidad como don que libera el corazón y lo ensancha a las dimensiones del Corazón de Jesucristo, para una entrega incondicional y una total disponibilidad al servicio de los pobres» (C. 29a).

«La pobreza ... impulsa a las Hijas de la Caridad a poner al servicio de sus hermanos y hermanas su persona, talentos, tiempo, trabajo, lo mismo que los bienes materiales, que consideran como patrimonio de los desheredados» (C. 30a).

«La autoridad y la obediencia, vividas en corresponsabilidad y subsidiariedad, las llevan a una búsqueda y aceptación humilde y leal de la voluntad de Dios, que se manifiesta a la Compañía de múltiples formas: el clamor de los pobres...» (C. 31b).

Estas declaraciones expresan lo que sabemos: que nuestro servicio a los pobres orienta la manera en la que nos describimos a nosotros mismas con respecto a los consejos evangélicos. El horizonte de nuestra tarea principal enriquece el sentido de cada uno de los votos. La razón de ser de estos votos encuentra en el servicio un punto culminante y su objetivo esencial. Cada uno de los votos contribuye a la manera en la que podemos darnos a los pobres; y la entrega de nosotros mismos en este servicio nos permite vivir estos votos fielmente y con un objetivo.

Viviendo el voto de servicio a los pobres, tenemos la brújula que nos guía por el camino para seguir a Cristo. Ahora vamos a examinar las orientaciones concretas que la pobreza, la castidad y la obediencia dan para el seguimiento de Cristo en nuestro servicio a los pobres.

Padre Patrick GRIFFIN, CM

Preguntas para la reflexión

1. ¿Qué historia podría yo contar para ilustrar un poco la realidad de la entrega total de uno mismo? ¿Cómo involucra esta entrega a todo mi ser? ¿Cómo exige de mí algo que sobrepasa el dominio de lo razonable? ¿Cómo puedo decir «sí» en esa situación? (Piense en la Anunciación).
2. ¿Es posible vivir el cuarto voto fuera de la comunidad? ¿En qué contribuye la comunidad a la vivencia efectiva de este voto?
3. Concretamente para usted, ¿qué significa que el pobre es su «amo y señor»?
4. ¿En qué medida el servicio a los pobres da un sentido y un objetivo a su vida en el seguimiento de Cristo? ¿Qué papel juegan las orientaciones de Pablo y los Evangelios?

PADRE P. GRIFFIN, CM

Sesión de Hermanas de 25 a 40 años de vocación

*La comprensión
y la vivencia de los votos hoy*

Los tres votos: Seguir en respuesta

Hemos examinado la naturaleza de los votos como un seguimiento de Cristo y hemos descrito la orientación que el cuarto voto da a los otros votos. Ahora, vamos a considerar los votos de pobreza, castidad y obediencia. Nuestro objetivo es subrayar cómo expresan estos votos la integralidad de nuestra persona y la ponen al servicio del Señor a través de nuestros hermanos y hermanas pobres.

Quizás hayan soñado un día con estar entre la muchedumbre después de que Jesús terminara de hablar y estuviera allí sentado, simplemente, pacientemente, permitiendo a la gente hablar con él y responder a lo que acababa de decir. Jesús siempre estaba dispuesto a escuchar las reacciones y las preguntas de la gente. Si ustedes estuvieran allí, ¿qué pregunta les gustaría hacerle a Jesús? ¿Cuál es la cosa más importante que quisieran saber?

Quizás su pregunta se parecería a la que a mí me gustaría hacerle, es decir, cómo hacer para seguirle más de cerca y lo que efectivamente me retiene. Yo quisiera preguntar qué es lo más importante para ser un discípulo fiel. Yo quisiera que me dijera cómo puedo asegurarme vivir con Él eternamente, dicho de otra manera: «¿cómo ir al paraíso?», «¿Cómo puedo yo seguirte lo más fielmente posible?»

De hecho, a las diferentes personas que le hicieron esta pregunta, Jesús les dio la misma respuesta, pero con modalidades diferentes. A veces, Jesús responde sencilla y directamente; a veces, cuenta historias y propone parábolas, respondiendo así a la pregunta planteada de una forma narrativa; y otras veces, incita a las personas a responder a la pregunta ellas mismas. Jesús respondió a esta pregunta varias veces, y debemos prestar atención a la respuesta que Él da, porque, como ocurre a menudo en las Escrituras, Jesús responde también a nuestras preguntas contemporáneas. La respuesta que Él nos daría, probablemente no sería muy diferente de la que dio a nuestros hermanos, hace tantos años. La comunidad cristiana se acordó de su enseñanza en el Nuevo Testamento. Las páginas del Evangelio conservan para nosotros las respuestas de Jesús.

Esta intervención comprende tres partes. En la primera, voy a considerar tres circunstancias diferentes en las que Jesús responde a esta pregunta. Estando atento a cada

situación, subrayaré un estímulo, así como un desafío para vivir uno de los consejos evangélicos. En una segunda parte, veremos cómo el voto específico de la Compañía refleja la respuesta de Jesús a la pregunta planteada. En una tercera parte, examinaremos la luz que estos diálogos nos aportan sobre la vivencia de los consejos evangélicos en los votos de una Hija de la Caridad.

San Agustín enseñó que un predicador no necesita más que un solo sermón: sobre el amor de Dios y el amor del prójimo. Lo que él quería decir, es que todo sermón debería tener estos dos elementos en la base. El amor de Dios y el amor del prójimo expresan el núcleo del mensaje cristiano. Cada comunidad de vida consagrada debe fundarse en este mensaje y expresarlo de una manera o de otra. Las páginas del Evangelio que vamos a contemplar ponen el acento en estos dos elementos. Esta realidad no debe escapárse nos.

I - TRES HISTORIAS PARA RESPONDER A UNA SOLA PREGUNTA

El primer mandamiento: la obediencia

Un escriba que oyó la discusión, viendo lo acertado de la respuesta, se acercó y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?» Respondió Jesús: «El primero es: Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser. El segundo es este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que estos». El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él. Y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas (Mc 12, 28-34).

En el Evangelio de Marcos, encontramos la presentación más agradable de la pregunta «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» y de la respuesta de Jesús. Estas palabras del Señor se inscriben en un contexto cargado de sentido.

En primer lugar, nos damos cuenta de que Jesús pone su respuesta en el contexto del «*Shema Israel*» («*Escucha, Israel*»), la exhortación fundamental hecha al pueblo judío. Este marco subraya hasta qué punto la necesidad de amar a Dios con todo lo que somos es fundamental y lo engloba todo. El pueblo de Israel hace de este grito su afirmación y su resolución fundamentales.

En segundo lugar, observamos que el autor bíblico no nos presenta esta verdad una sola vez, sino que la repite en la boca del escriba quien, con toda evidencia, ha captado la esencia de la enseñanza de Jesús. La repetición de la respuesta es una buena pedagogía. Pone en evidencia que la respuesta se ha comprendido e interiorizado de una cierta manera. Esto debería también ser el caso para nosotros cuando escuchamos de nuevo las palabras de Jesús, ligeramente reformuladas en los labios de nuestro amigo, el sabio judío.

En tercer lugar, observen que el escriba privilegia entonces esta enseñanza sobre todas las prácticas importantes del judaísmo referentes a los holocaustos y los sacrificios. No dice que esas otras prácticas no tengan valor, sino solamente que el amor de Dios y del prójimo está por encima de esos ritos. Necesitamos oír eso. A veces, podemos preferir otras prácticas de nuestra fe a la llamada más importante a amar. Estas otras prácticas son preciosas y tienen su

lugar, pero no están por encima del amor de Dios y del prójimo. Este diálogo nos impulsa a reflexionar sobre este punto.

Finalmente, al oír las palabras del escriba, Jesús reconoce su capacidad de comprensión. El escriba no solamente ha pronunciado palabras, sino que conoce su significado y su aplicación. ¡Qué maravilloso don y qué esfuerzo! Jesús reconoce hasta qué punto el corazón de este hombre está cerca del reino de Dios. La pregunta planteada, por supuesto, tenía ese objetivo y ese propósito: acercarse a la presencia de Dios centrándose en lo esencial. Es la definición del seguimiento de Cristo.

Entonces, en este sencillo diálogo, encontramos una riqueza de enseñanzas. Leyendo la pregunta hecha a Jesús desde el punto de vista del voto de obediencia, podemos descubrir una idea interesante. El escriba pregunta: «¿Cuál es el primero de los mandamientos?» y Jesús le invita inmediatamente: «shema», «¡Escucha!» Antes de poder hablar de obediencia, hay que escuchar bien. Hay que escuchar lo que el Señor quiere decirnos a través de las enseñanzas y las directivas de la Iglesia, así como en las de los superiores legítimos. Una vez que hemos oído y comprendido lo que se nos pide, lo ponemos en práctica con una buena disposición. Todo comienza con la escucha y la comprensión de lo que se nos pide. La obediencia no implica la renuncia a la libertad o a la voluntad, excepto en la medida en que las compromete. Se elige actuar con apertura y responsabilidad personal.

Jesús no llama la atención sobre actos de amor particulares, sino sobre el amor en sí mismo: amar a Dios y amar a los otros. Después dice que cualquier otro mandamiento depende de esos dos. Todos los actos posteriores de atención a las cuestiones de nuestra fe, nuestros «holocaustos» y nuestros «sacrificios», deben ser medidos a la luz de la llamada de esta directiva fundamental. En esta luz, estos actos son una llamada a vivir la obediencia.

En la Última Cena, Jesús habla a los discípulos del mandamiento principal para insistir en la observancia fiel de esta enseñanza:

«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13, 34).

Observen que Jesús llama a sus instrucciones un «mandamiento», es decir, algo que debe observarse. Así, una lectura de la respuesta de Jesús a la pregunta sobre el mandamiento principal nos compromete en la virtud y el voto de obediencia como una expresión de nuestro amor en la libertad.

El joven rico: la pobreza

Cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Jesús se lo quedó mirando, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme». A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico (Mc 10, 17-22).

La actitud del joven rico se encuentra entre la del escriba y la del doctor de la ley, que también preguntan a Jesús. El escriba comprende inmediatamente el mensaje de Jesús y está de acuerdo con él sobre lo que debe hacer; el doctor de la ley, como veremos después, comprende la importancia de la respuesta y quiere limitar su implicación. La pregunta y la respuesta del

joven rico hacen un relato dramático; precisa que Jesús lo mira con amor antes de darle la respuesta final. El joven rico ha sido fiel pero cuando Jesús le explica lo que es la entrega total a Dios y al prójimo, él no puede aceptarlo. Sus bienes son demasiado importantes, no está preparado para amar completamente y abandonarlo todo. No está dispuesto a abrazar la «pobreza» tal y como Jesús la define, y así pues no está dispuesto a darse totalmente para seguir al Señor.

Este joven rico no es malo, sabe escuchar y comprender, pero para él, la última etapa sobrepasa sus límites y Jesús lo sabía. Al igual que con el escriba, Jesús reconocía la capacidad de comprensión de este joven rico, pero no tiene la capacidad de elegir seguirle sin reservas. El texto dice: «era *muy rico*». El joven rico no puede seguir al Señor porque no puede aceptar la «pobreza». El problema no es su amor a Dios o al prójimo. Podemos creer que este hombre los vive bien pero simplemente no puede renunciar a sus bienes. La llamada supera su capacidad de un amor más profundo; no puede aceptar abandonarlo todo por lo que es más importante, y se va triste. Hubiera podido caminar con Jesús como uno de sus discípulos, escuchar sus palabras, ser testigo de sus actos cada día, conocer el amor por Dios y por el prójimo según el ejemplo de Jesús, pero se desvió.

Puede ocurrir que nosotros también estemos entristecidos por el hecho de que reconozcamos en este hombre rico a algo de nosotros mismos. Reconocemos que no damos una parte de nosotros mismos al Señor a causa de nuestras reticencias a abandonar una cosa u otra. Es importante, para nosotros, dar un nombre a esta cosa, si no, no podemos ser totalmente «pobres» para expresar completamente nuestro amor. No podemos acoger plenamente la promesa inscrita en el voto de pobreza. El joven rico no es un extraño para nosotros.

El buen Samaritano: la castidad

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?» Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?» Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo» (Lc 10, 25-37).

En la parábola del Buen Samaritano, el doctor de la ley plantea la misma pregunta que Jesús: «¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?» A la interpelación de Jesús, el doctor de la ley responde correctamente: amar a Dios con todo lo que se es y amar al prójimo como a uno mismo. En nuestro primer ejemplo, Jesús había dado la misma respuesta al escriba, pero con una excepción importante que era el contexto del «shema», de este «presta atención», mientras que el doctor de la ley no formula su respuesta en este contexto porque todavía no está

preparado para escuchar o para obedecer a la enseñanza que él ya conoce, trata de moderar la respuesta de esta fuerte consigna.

El doctor de la ley trata de descubrir los límites de su responsabilidad hacia los otros. Él pregunta: «*¿Y quién es mi prójimo?*» Esta pregunta lleva a Jesús a contar una de las parábolas más conocidas: la del Buen Samaritano. Se pone el acento en la responsabilidad que se tiene hacia toda persona. Los ladrones han herido a la víctima. Los dos hombres de la clase sacerdotal que pasan cerca de él son indiferentes a su prójimo. Observen el detalle en la descripción de la escena. El sacerdote y el levita ven al hombre herido, pero ellos eligen no hacer nada. La parábola insiste en el hecho de que estos hombres pasan al otro lado, atraviesan la calle para evitar a este prójimo necesitado.

Sólo el Samaritano, que viene de una región despreciada, reacciona correctamente al ver a la víctima. El relato nos enseña que, en lugar de atravesar la calle para evitarlo, se acerca y luego ofrece «su tiempo, sus talentos y su tesoro». Él manifiesta una estima extraordinaria hacia el herido. Prosigue este servicio durante toda la noche y se compromete para el futuro. Podría ser una Hija de la Caridad con los cuidados personales y extendidos en el tiempo que él dispensa. Además, busca un colaborador en la persona del posadero. Confía en los otros.

Al presentar esta situación a su interlocutor, Jesús cambia la pregunta que había planteado. «*¿Y quién es mi prójimo?*» En lugar de ser la persona en posición de poder la que decide quién va a ser servido, es la persona que es servida la que reconocerá a su prójimo en aquel que le ofrece un servicio. («*¿Cuál de los tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?*»). Esta elección se basa en la experiencia de ser servido, y no en el medio social ni en las preferencias del donante.

Observen el aspecto inclusivo aquí. El Samaritano no actúa por interés personal o por vínculos de afinidad, sino por amor al que es servido. Al igual que la castidad, que no se limita únicamente a una persona que tendrá derecho a mi atención, encontramos en el Samaritano un amor universal. Él ayuda al otro porque necesitaba ayuda y no porque tuviera derecho.

La castidad atrae nuestra atención hacia lo que merece deferencia y respeto en los otros. En esta parábola del Buen Samaritano, Jesús nos invita a considerar cómo se concreta esto en la atención particular que prestamos a los necesitados. En el contexto de un amor casto, podemos escuchar la llamada a hacer de él un modelo para nuestras relaciones mutuas en nuestra búsqueda de la vida eterna.

II - EL VOTO ESPECÍFICO, LA RESPUESTA Y EL CONTEXTO

Hemos observado antes, que la pregunta fundamental que las personas hacen a Jesús a lo largo de su ministerio es: «*¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*» Como respuesta, en varias ocasiones Él pone el acento en dos valores: el amor a Dios y el amor al prójimo. Las Escrituras presentan estos valores de numerosas maneras. En el Evangelio de Juan, por ejemplo, después de la resurrección, Jesús suscita de Pedro la triple confesión de su amor por Él (amor a Dios) seguida de la llamada a apacentar sus corderos/sus ovejas (amor al prójimo). La última escena del juicio en Mateo 25 subraya en varias ocasiones esta verdad – «*cada vez que lo hicisteis con uno de estos hermanos/ hermanas míos más pequeños, conmigo lo hicisteis*». Con un poco de reflexión, podemos reconocer cómo estos dos valores juegan un papel clave en la lección de numerosos relatos del Evangelio.

El voto específico de la Hija de la Caridad integra estas dos enseñanzas, como hemos visto. Una Hija de la Caridad decide entregar toda su vida a Dios (amor a Dios) al servicio de los pobres (amor al prójimo). Lo uno lleva naturalmente a lo otro. Es así como debería ser esto. Si una Hija de la Caridad le preguntara al Señor: «¿cuál es el primer mandamiento?» o «¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» o «¿cómo permanecer siempre cerca de ti?», la respuesta del Señor estaría basada en este modelo: «Dame toda tu vida en comunidad para el servicio a los pobres». ¿Existe una diferencia efectiva entre esta orientación y la enseñanza de amar a Dios con todo el corazón y de amar al prójimo como a uno mismo? ¿Lo uno no es una expresión particular de lo otro a través del prisma de nuestro carisma?

Siendo conscientes de esto, podemos contemplar cómo los consejos evangélicos y las virtudes que se derivan de ellos facilitan la vivencia de esta gran enseñanza y la expresan en contextos dados. La pobreza, la castidad y la obediencia describen las formas en las que una Hija de la Caridad puede concretizar y enriquecer su deseo de amar a Dios, sobre todo al servicio de aquellos que más lo necesitan. Los votos se derivan de su deseo fiel de conformarse a la respuesta del Señor a su pregunta más íntima sobre la orientación de su vida.

III - LA PREGUNTA, LA RESPUESTA Y EL CONTEXTO PARA UNA HIJA DE LA CARIDAD

En la primera parte de esta intervención, hemos planteado en tres ocasiones la pregunta sobre el mandamiento más importante; hemos escuchado la respuesta y las relaciones que podríamos encontrar con los consejos evangélicos. En la segunda parte, hemos reconocido la manera en la que el cuarto voto de una Hija de la Caridad expresa esta misma llamada a amar a Dios y a amar al prójimo. En esta tercera parte, examinaremos brevemente cómo el contexto del cuarto voto da un color particular a las lecciones de la primera parte.

El cuarto voto y el escriba: la obediencia

Recuerden que cuando el Escriba pregunta a Jesús «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?», Jesús introduce su respuesta con la palabra: «escucha». Vicente concedió una atención especial a la necesidad para sus discípulos de estar atentos a las palabras del Señor:

«Háblanos, pues, Señor; háblanos tú mismo; seremos como otros tantos siervos que te escuchan... Te suplicamos que nos hables tú, para que vivamos, y vivamos la vida de Jesucristo. Decid, pues...decidle a Dios: «Háblanos, Señor, háblanos tú» (SVP XI/1, 487, 18 de abril de 1659)

Ya hemos visto que la llamada a la obediencia pone al hombre en posición de amar a Dios y a su prójimo. A este respecto, para una Hija de la Caridad, el servicio a los hermanos más pobres depende de su disposición para escuchar en una obediencia respetuosa a aquellos que le permiten llevar a cabo su tarea de la manera más completa y eficaz. La obediencia no es tanto un abandono de voluntad, sino más bien una entrega de uno mismo a la realización de un objetivo común de la manera más competente. Servimos a los pobres porque utilizamos nuestros mejores recursos duraderos en el tiempo y con los otros. El amor a Dios se expresa en esta decisión libre de trabajar juntos bajo la autoridad de alguien.

«Sólo puede servirnos de consuelo la sumisión que hemos de tener a la divina Providencia, juntamente con la santa obediencia por la cual murió el Hijo de Dios; en su santo amor soy, querida Hermana, su muy humilde hermana y servidora» (Correspondencia y escritos, C. 411, p. 389).

Vicente estaba convencido de la relación existente entre el amor al prójimo y la obediencia. Él consideraba que el uno llevaba al otro y que los dos juntos tienen un mérito particular:

«Por ejemplo, estáis sirviendo a los enfermos; esto es una buena obra y de mucho mérito en sí misma. Si no estuviésteis obligadas a ello por la obediencia, tendríais solamente el mérito de dicha obra; si los servís por obediencia, tendréis los dos méritos: el de la obra y el de obediencia. Deberíamos desear, a ser posible, obrar siempre por obediencia» (SVP IX/1, 483, 7 de agosto de 1650).

Al servicio de nuestros hermanos marginados, realizamos no solamente un acto de caridad, sino también un acto de obediencia que guía y motiva nuestra acción. Observen de nuevo que cuando Jesús instruye a los discípulos durante la Última Cena, les da un mandamiento y no una sugerencia: *«Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13, 34)*. Nuestra respuesta de amor es un acto de obediencia.

El cuarto voto y la pobreza del joven rico: la pobreza

Podemos comprender la tristeza que se apoderó del corazón de Jesús cuando vio alejarse al joven rico. Aunque fuera alguien bueno, este individuo todavía no podía abandonarlo todo para seguir a Jesús en beneficio de los pobres. En su cuarto voto, una Hija de la Caridad promete el don total de sí misma y de sus bienes al Señor para el servicio de los pobres.

Las Constituciones dan indicaciones para una Hija de la Caridad con respecto a la pobreza. La C. 30a insiste en el hecho de que la pobreza incita a las Hermanas *«a poner al servicio de sus hermanos y hermanas su persona, talentos, tiempo, trabajo, lo mismo que los bienes materiales, que consideran como patrimonio de los desheredados»*. Desgraciadamente, el joven rico del Evangelio no podía adoptar este punto de vista, y así pues, debía alejarse de Jesús. No podía abrazar la profundidad de amor y de servicio que se le habría pedido. Sus bienes le bloquean. Una Hija de la Caridad debe desconfiar, porque, de la misma manera, los obstáculos pueden bloquear su camino hacia el Señor. Jesús le da el mismo consejo que dio al joven rico: *«Ve a liberarte de todo lo que te retiene y sígueme»*. En la Compañía, la Hija de la Caridad elige cada año este camino renovando los votos. Vicente habla con fuerza de nuestra tendencia a crear apegos que nos paralizan:

«Me preocupa lo que me dice de las Hijas de la Caridad, que han dado motivos para pensar que les gusta vivir mejor que lo que les corresponde, tanto en el vestido, como en el alojamiento, y en cosas semejantes. Le ruego, padre, que procure que se afinquen en la práctica de una perfecta pobreza, humildad y mortificación, y que les ayude en ello» (SVP V, 205 C. 1880, 20 de noviembre de 1654).

Luisa tenía una alta consideración de la pobreza y su capacidad de permitirle entregarse más libremente con amor. Podríamos escuchar aquí una resolución para evitar caer en la misma trampa que el joven rico:

«Que esté siempre en mi corazón el deseo de la santa pobreza, para que libre de todo, siga a Jesucristo y sirva con toda humildad y mansedumbre a mi prójimo, viviendo en obediencia y castidad toda mi vida, honrando la pobreza de Jesucristo, que Él guardó con tanta perfección» (Correspondencia y escritos, E.7, p. 671)

El cuarto voto y el Samaritano: la castidad

La parábola del Buen Samaritano llama nuestra atención sobre nuestro cuarto voto y el deseo de darnos totalmente a Dios en el servicio al otro. En este caso, podríamos discernir un

acento particular en la castidad. San Vicente nos enseña esto a varios niveles: «*Dadme a un hombre que ame a Dios solamente, un alma elevada en contemplación que no piense en sus hermanos; esa persona, sintiendo que es muy agradable esta manera de amar a Dios, que le parece que es lo único digno de amor, se detiene a saborear esa fuente infinita de dulzura. Y he aquí otra persona que ama al prójimo, por muy vulgar y rudo que parezca, pero lo ama por amor de Dios. ¿Cuál de esos dos amores creéis que es el más puro y desinteresado?*» (SVP XI/4, 552-553, conf. 130 del 30 de mayo de 1659)

Nuestros corazones vicencianos nos permiten responder fácilmente a esta pregunta. No podemos separar el amor al prójimo del amor a Dios. El uno se articula con el otro. Las Constituciones nos dicen:

«Acogen la castidad como don que libera el corazón y lo ensancha a las dimensiones del Corazón de Jesucristo, para una entrega incondicional y una total disponibilidad al servicio de los pobres» (C. 29a).

En nuestra «Instrucción sobre los votos», leemos:

«El Evangelio no cesa de mostrarnos cómo vivió Jesús la castidad. En sus relaciones, singularmente ampliadas si se tienen en cuenta las tradiciones de su ambiente y de su época, llega a lo más íntimo de la personalidad del otro» (Instrucción sobre los votos de las Hijas de la Caridad», p. 46).

El ejemplo de Jesús en la vivencia de la castidad sirve de modelo para la Hija de la Caridad. Su manera respetuosa pero dinámica de entrar en relación con los otros, y en especial los pobres, ilustra la manera en la que una Hija de la Caridad debe vivir su cuarto voto. Con el corazón de Jesús, ella asume el papel del Buen Samaritano, que la hace voluntariamente acudir al lado de los afligidos y responde a sus necesidades con generosidad y ternura. Con un amor casto, ella expresa el don de sí misma tanto a Dios como a los necesitados. La minuciosidad con la que el Samaritano responde a la necesidad de la víctima, muestra el cuidado integral con el que la Compañía es puesta ante el desafío de responder en la caridad a la exhortación de Cristo crucificado. Esto comprende a la vez un sentido físico y un sentido espiritual.

CONCLUSIÓN

La pregunta sobre el primer mandamiento se le planteó varias veces a Jesús. Su respuesta constante, ilustrada de diversas maneras, siempre fue «*ama a Dios y ama a tu prójimo*». Al examinar las diferentes historias, hemos discernido en cada una de ellas una afirmación y un posible desafío a los consejos evangélicos tal y como son vividos en la Compañía. Hemos sugerido que la respuesta coherente está expresada en nuestro cuarto voto. Si describimos los consejos evangélicos brevemente como un abandono de voluntad, de posesiones o de exclusividad, podemos comprender la manera en la que el cuarto voto los une. La exhortación de Vicente ofrece una corta catequesis:

«Dejémoslo todo para servir a Dios y al prójimo» (SVP XI/3, 310, Repetición de la oración del 11 de noviembre de 1657).

Padre Patrick GRIFFIN, CM

Preguntas para la reflexión:

1. Al detenerse en las diferentes respuestas de Jesús a la pregunta del primer mandamiento, ¿cuál le atrae más? ¿Cuál de los relatos resuena más personalmente en su situación actual?

2. ¿Está convencida de que el cuarto voto integra la respuesta de Jesús a la pregunta planteada? ¿Puede oír que Él le propone este voto en su respuesta a la pregunta sobre lo que es más importante para usted como Hija de la Caridad?

3. Existen numerosos medios, bien conocidos, para crecer en el amor a Dios. ¿Cuáles son los medios para crecer en el amor al prójimo, lo que puede ser muy exigente e incluso más difícil? Dios es fácil de amar; a veces nuestras Hermanas y nuestros «amos y señores» lo son menos. ¿Qué papel juegan los votos en esto?

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de África Central

«Los proyectos de dios no son los nuestros»

La nueva Misión en Kiguhu (Burundi)

En enero de 2016, a petición de Monseñor Bonaventure NAHIMANA, obispo del lugar, las Hijas de la Caridad de la Provincia de África Central se establecieron en la Misión de Kiguhu. Desde hacía mucho tiempo, este obispo había deseado nuestra llegada a esta Misión pobre en agentes de pastoral y en personal sanitario para que aportáramos nuestra ayuda en los cuidados de enfermería, la catequesis y el funcionamiento de la vida parroquial.

Como catequista formada y experimentada, Sor Immaculée NTAWÉ se puso a disposición del párroco para impartir catequesis en el Instituto y ayudar en el despacho parroquial. También trabajó para aumentar las finanzas de la parroquia que estaba en dificultades.

La terrible noche del 24 de abril de 2016

El párroco de nuestra parroquia de Kiguhu, el Padre Serge, era un sacerdote totalmente entregado a sus parroquianos, vivía cerca de ellos, compartiendo sus alegrías y sus penas, acompañándolos en todas las etapas de la vida. La pastoral funcionaba en todos los anexos que constituyen la parroquia. Desde hacía mucho tiempo, mucho antes de nuestra llegada a Kiguhu, el párroco tenía el proyecto de celebrar una misa de acción de gracias en su antigua escuela, donde había realizado los estudios secundarios. Había propuesto a la coral del Instituto que participara en esta misa. A nuestra llegada, él nos habló de su proyecto y pidió que una Hermana acompañara a los cantores. Cuando llegó el día, Sor Immaculée, que conocía bien a los estudiantes del Instituto puesto que les daba catequesis, se propuso para acompañarlos.

El día D, el párroco, Sor Immaculée, el Señor Jean Baptiste, el jefe de estudios de ese instituto y los 127 jóvenes se embarcaron en un gran camión (único medio de desplazamiento en los rincones alejados como el nuestro) en dirección al Instituto de Gitega. Durante el viaje, los jóvenes cantaban desde el corazón. Una vez llegados a Gitega, fueron bien acogidos por los estudiantes y sus profesores del Instituto de Gitega. La Eucaristía, animada por los dos grupos de estudiantes, fue muy alegre y seguida de un tiempo de fiesta que duró hasta la tarde. Sor Immaculée habló por teléfono con su Hermana Sirvienta, contándole el desarrollo de la jornada. Por la tarde, el grupo emprendió el camino de regreso. El Padre Serge estaba muy feliz de haber vuelto a su antigua escuela para dar gracias al Señor por su vocación de sacerdote y los jóvenes estaban muy felices por haberse encontrado con otros jóvenes cristianos de su región. En el

camión, todos cantaban cánticos de alabanza. A 30 kms de la llegada, Sor Immaculée telefoneó a su Hermana Sirviente para decirle que llegarían muy pronto. Después, el camión entró en la carretera de tierra. La catástrofe llegó después de 10 kms. Nadie sabe lo que pasó porque el chófer murió en el acto.

La solidaridad de la población

Cuando la Hermana Sirviente se enteró del accidente, se dirigió al lugar con el vicario de la parroquia, que llevó con él los santos óleos con miras a acompañar a los heridos graves. Llegados al lugar, vieron la tragedia: los heridos y los agonizantes gritaban, los cuerpos sin vida o en coma yacían en el suelo, la sangre corría por todas partes. Además, se oían las sirenas de los vehículos de emergencia; era lúgubre. El sacerdote, Sor Immaculée, el jefe de estudios y 16 jóvenes ya habían fallecido.

La urgencia era salvar a los que todavía respiraban. Los servicios de socorro se organizaron de manera extraordinaria y pudimos constatar la gran solidaridad que existía en esta población.

En cuanto los parroquianos de Kiguhu supieron la noticia, los padres querían saber cómo estaban sus hijos. Se pueden imaginar su sufrimiento al descubrir a su hijo muerto o gravemente herido. ¡Un verdadero Via Crucis! Una inmensa muchedumbre se dirigió hacia el lugar del accidente para prestar ayuda, todos trabajaron durante toda la noche para evacuar a los heridos.

Toda la provincia de Rutana se movilizó. Muchos consagrados y sacerdotes se dirigieron inmediatamente al lugar. El Obispo se quedó para organizar la acogida de los heridos en el hospital de Rutana. Todos los vehículos de la diócesis se pusieron a disposición para evacuar a los heridos y a los muertos.

Por parte de los civiles y de las autoridades, todos los taxis, los autobuses, los coches de los policías y de los militares, las ambulancias, fueron liberados para ayudar en la evacuación. Durante esta noche del 24 de abril de 2016, la solidaridad de la población de Rutana fue bien visible. Todos los Hospitales y los Centros de Salud abrieron sus puertas, el personal médico trabajó toda la noche para socorrer y salvar a los que podían ser salvados.

La vida de comunión en el seno de la población de Kiguhu.

Desde el día de este accidente hasta hoy, hay una gran vida de comunión. Los cuerpos de las víctimas fueron enterrados delante de la nueva iglesia en construcción, y cada día, en cualquier momento, las tumbas son visitadas. Los padres, los hermanos y hermanas, los amigos, vienen a recogerse y rezar. Todos los días se celebran misas. Son encargadas, ya sea por los padres, los amigos, los jóvenes del Instituto y muchos otros. También supimos que se habían celebrado misas en todo el mundo por todas las víctimas y sus familias.

El Ministerio de la solidaridad puso muchos medios para atender a los heridos y facilitar la evacuación de los heridos graves a los diferentes hospitales del país, también concedió ayudas materiales a las familias que habían perdido a uno de los suyos en este accidente.

Los cristianos de Kiguhu van regularmente a visitar a las familias de las víctimas para acompañarlas en sus sufrimientos. También vienen a nuestra casa para expresarnos su pena por haber perdido a Sor Immaculée, todos nos transmiten su temor de vernos abandonar la Misión. Los mismos estudiantes han hecho un pequeño bote para compartir con las familias afectadas y expresar su solidaridad con ellos.

Después de esta catástrofe, nuestra vida en la Misión de Kiguhu ya no es la misma. Nuestra suerte está ligada a la de todos estos habitantes, tan unidos y tan creyentes. Sentimos que este acontecimiento nos ha enraizado en medio de toda la población y nos ha acercado los unos a los otros. El Padre Serge es el tercer párroco que desaparece trágicamente pero el pueblo conserva una fe firme y espera comprender lo que el Señor puede querer decirles.

Con los habitantes de Kiguhu, creemos en la comunión de los santos, creemos que los nuestros están ahora en la gloria del Padre, que ellos lo contemplan y le cantan sin fin con cánticos de alabanza. También creemos que ellos rezan e interceden por nosotros, que hemos caminado con ellos en esta tierra.

«Que el Señor de la Gloria nos haga entrar en sus Proyectos que sobrepasan infinitamente a los nuestros, amén».

Sor Christine NDAYISENGA
Hija de la Caridad de la Comunidad de Kiguhu

PARA LLEGAR A SER UN SANTO,
IMITA A LOS NIÑOS PEQUEÑOS,
ELLOS NO CONOCEN NINGUNA TEORÍA,
PERO SE CONTENTAN
CON MIRAR A SU MADRE
Y HACER COMO ELLA.
ELLOS PIENSAN QUE ELLA LO SABE TODO
Y QUE TODO LO QUE HACE ESTÁ BIEN.
MIRA A MARÍA
Y HAZ COMO ELLA,
LLEGARÁS A SER UN SANTO.

CARDENAL FRANÇOIS-XAVIER
NGUYEN VAN THUAN